

Serranos hacedores de paños: pluriactividad y protoindustria en la montaña riojana (c. 1750)¹

● JOSÉ RAMÓN MORENO FERNÁNDEZ
Universidad de Zaragoza

Introducción

En las páginas siguientes nos vamos a situar en un marco geográfico homogéneo desde un punto de vista agroclimático y económico, cuya característica básica es su fisonomía montañosa y, por extensión, la debilidad de su agricultura, la insuficiencia alimentaria y la presencia constante de excedentes de trabajo. Ahora bien, con la excepción de su escasa vocación agrícola, no se trataba de un territorio pobre: la ganadería estante, la trashumancia, los recursos forestales, el textil disperso y el comercio de paños producían los ingresos necesarios para financiar las importaciones de granos y para compensar posibles desequilibrios. Era, pues, una comarca muy dinámica gracias al intenso aprovechamiento de todas las alternativas ecológicas y de mercado, es decir, gracias a la pluriactividad de las familias serranas². Entre toda esta multiplicidad de ocupaciones económicas voy a ocuparme aquí de la organización interna del textil lanero a mediados del siglo XVIII mediante una foto fija basada en la información del Catastro de Ensenada. Por la propia naturaleza de la fuente, se tratará de una visión estática en la que, no obstante, espero que se gane en profundidad tanto como se pierda en dinamismo.

En el próximo apartado resumiré brevemente el marco teórico en el que se desenvuelve este trabajo. En la sección dos, describiré la importancia de la pañería riojana y su especialización en paños comunes en torno a 1750. Los dos epígrafes siguientes servirán para sintetizar la estructura de la fabricación y comer-

1. Los asistentes al Seminario de Historia Moderna de la Universidad de Zaragoza, por un lado, y J. M. Benaul, por otro, hicieron sugerencias que han servido para afinar argumentos y matizar afirmaciones. Los errores que subsisten son, por supuesto, todos de mi cosecha.

2. He intentado expandir estos rasgos al conjunto de las montañas preindustriales en Moreno (2001).

cialización del producto. Empezaré por detallar la extensión social de la producción textil lanera, para perfilar a continuación el modelo de comercialización minifundista, atomizado y acéfalo que predominaba en las sierras riojanas. No será un retrato minucioso, más bien se limitará a subrayar en ambos casos aquellos rasgos que nos permitan, en el quinto apartado, analizar las complejas relaciones interactivas entre dicha organización y el modelo económico de la sierra. El objetivo es recalcar la naturaleza autónoma y endógena de la industria textil de estas montañas y encuadrar su desarrollo en unas estrategias pluriactivas familiares que basaban su éxito en un marco institucional complejo a partir del cual se decidían la calidad de los paños elaborados, el dominio sobre materias primas e instrumentos de producción y el control concejil, mucho más que gremial, de la producción. Finalmente, se aportan algunos datos relevantes que muestran la eficiencia, más social que económica, de esta organización productiva.

El punto de partida: protoindustrialización y pluriactividad

Las teorías de la protoindustrialización han desempeñado un papel protagonista en la investigación histórica reciente³. Cuando F. Mendels propuso el afortunado concepto también tomó cuerpo una idea articulada y compleja sobre la evolución social en la etapa final del Antiguo Régimen⁴. Una idea que, con toda la carga de inexactitud que se quiera, proporcionó una sólida base de discusión y alentó estudios dirigidos a resolver los mismos o semejantes problemas por toda Europa. Al cabo del tiempo, la protoindustrialización ha resultado ser una fecunda estrategia de investigación⁵.

Es cierto que el primer resultado teórico parecía rígido y mecanicista. Las evidencias empíricas se encargaron de ilustrar con abundantes ejemplos que una vez cumplidos todos los requisitos el resultado a largo plazo, en lugar de una flamante industria de cuño moderno, muy bien podía ser la desindustrialización y el empobrecimiento⁶. El desarrollo final de una comarca no estaba resuelto de una vez para siempre. Pero aquí no procede detallar cómo la teoría ha cobrado vida superando

3. La formulación original se encuentra en un artículo clásico de Mendels (1972). Poco después, Kriedte, Medick y Schlumbohm (1986a) redefinieron conceptos y ampliaron la visión de conjunto. La mejor síntesis disponible hoy es la de Ogilvie y Cerman (1996).

4. Ogilvie y Cerman (1996), pp. 3-5.

5. Schlumbohm (1996), pp. 12-16.

6. Kriedte, Medick y Schlumbohm (1986b), pp. 263-268. También Houston y Snell (1984), pp. 488-491 o Schremmer (1981), pp. 665-669 mostraron que la industria rural podía preceder a una reagrarización y que algunas regiones industrializadas no tenían pasado protoindustrial. Cafagna (1983) propuso, para las regiones que no habían logrado industrializarse el término de «industria incierta», que ha tenido escasa difusión pero muestra el esfuerzo para no encadenarse a visiones unilaterales. Asimismo O'Malley (1981), Collins (1982) y la mejor síntesis de la época: Clarkson (1985), pp. 28-38.

rigideces, segregando ideas más complejas y articulándolas en puntos de vista globales⁷. Sí conviene, en cambio, señalar qué problema historiográfico se plantea en este trabajo y cómo entronca con la corriente principal. Para esta investigación resultan adecuadas tres derivaciones que están en el núcleo y en la periferia de la teoría de la protoindustrialización.

La primera se desprende del debate sobre los orígenes. La mayor parte de los historiadores asociaron el desarrollo de las actividades industriales en el medio rural a las *ventajas comparativas* de regiones con pobres dotaciones para la agricultura. En esas áreas, el paro estacional y el exceso relativo de fuerza de trabajo impulsaban la práctica de actividades complementarias. En las comarcas vecinas aptas para el cultivo se incentivaba una producción agraria excedentaria para la exportación hacia las áreas deficitarias⁸. Al cabo de un tiempo, se habían emprendido una vía de especialización regional y una virtuosa espiral de crecimiento⁹. Esta perspectiva es muy útil, en particular, para encarar el estudio de la industria rural en una zona de montaña de agricultura pobre y con la fuerza de trabajo infrautilizada.

En cuanto a la segunda, es bueno recordar asimismo que la teoría de Mendels reservaba su enfoque sólo para la producción rural de bienes industriales que se dirigía al abastecimiento de mercados lejanos. Junto al requisito de la lejanía de los centros de consumo, también desempeñaba un papel fundamental el control de la producción artesanal por parte de un grupo especializado de comerciantes urbanos. La tesis común suponía que, puesto que entraban en escena mercados lejanos, inaccesibles para el campesino productor, era imprescindible la figura de un comerciante que solapadamente se inmiscuiría en la esfera de la producción acelerando el proceso de autoexplotación y de miserabilización de la familia campesina. La protoindustria resultaba ser a la vez un fenómeno rural y urbano¹⁰. En

7. En efecto, casi todos los investigadores empiezan por hacer un resumen crítico del marco teórico. A los ya citados habría que añadir, entre otros: Gullickson (1983), Coleman (1985), Berg (1987), pp. 88-94, Mager (1993), Leboutte (1996), Kriedte, Medick y Schlumbohm (1993) y (1996), Ogilvie (1993) y (1997), pp. 16-34. También en España hay buenas síntesis de la teoría general: Aracil y García Bonafé (1978) y (1983), Torras (1985), Parejo Barranco (1987), pp. 24-30, Carmona (1984) y (1990), pp. 17-28.

8. Un ejemplo concreto referido a la comarca de Zurich, en Braun ([1960] 1990), también Pfister (1996), pp. 142-145. Para el modelo suizo en su conjunto Bergier (1988), pp. 207-210.

9. La formulación más explícita en Thirsk (1961) y en Jones (1968), pp. 64-66; Hudson (1986), p. 63 y *passim*, por ejemplo, argumenta que en Halifax se desarrolló tempranamente la manufactura protoindustrial por dos razones: «la incapacidad de la tierra para proporcionar algo más que pastos y un corto cultivo de avena» y «el pequeño tamaño de las tenencias agrícolas». En el mismo sentido, Klíma (1989). Ejemplos concretos que se remontan a los años cincuenta se pueden encontrar entre algunos historiadores europeos, como Kisch ([1959] 1986). De todas formas, la industria doméstica no era exclusiva de zonas pobres, también podía diseminarse por regiones aptas para la agricultura en las que la desposesión campesina obligara a las familias a encontrar modos alternativos de subsistencia; por ejemplo, Gullickson (1982) y (1983).

10. En palabras de Berg (1995), p. 20 la protoindustria «requería la organización comercial de una región y esa organización comercial generalmente se dirigía desde las ciudades».

el campo se situaba el *taller* artesanal, desde la ciudad se organizaba la comercialización y se intentaba dirigir la producción. El campesino podía recurrir al trabajo artesano para cuadrar sus cuentas, pero la trascendencia económica que tiene la protoindustria, su germen de futuro, provenía de la actuación del comerciante.

Esta noción resta protagonismo a la familia campesina. Si había dinamismo económico en el medio rural era porque la ciudad le prestaba sus virtudes, no porque el campesino fuera capaz de exhibir comportamientos *modernos*. Del señor feudal al *verleger* urbano, el campesino tan sólo cambiaba de amo. Se inclinaba hacia un lado u otro a impulsos de fuerzas variadas, pero siempre exógenas: planes de comerciantes urbanos, obligaciones feudales, coyuntura agraria. Se sigue concibiendo un medio rural concentrado en la subsistencia, utilizando el trabajo sobrante a bajo precio sólo para asegurar la supervivencia. El modelo de auto-explotación de Chayanov está en el fondo de muchas de estas interpretaciones¹¹. Sin embargo, algunos sectores del campesinado tomaban sus propias decisiones económicas. Ni siquiera la distribución de los bienes manufacturados tenía por qué hacerse a gran escala, aunque los centros de consumo se emplazaran a gran distancia. En determinadas circunstancias, los pequeños productores intervenían en la comercialización y conquistaban un desahogo económico que no arrastraba al abandono de sus actividades *complementarias*, sino a una intensificación de las mismas¹². La atomización del comercio de paños riojano nos servirá para ilustrar este fenómeno, sus límites y sus ventajas.

En tercer lugar, un matiz teórico. La actividad artesanal en el medio rural se considera un aporte complementario de renta para la familia campesina. En sustancia, este enfoque sigue inalterado desde los setenta, contradiciendo la evidencia de muchos hogares que se concentraban en la producción artesanal y que estaban desvinculados del mundo agrícola y ganadero. El hecho de que no se modifique el planteamiento de partida es preocupante, porque sugiere que la fusión completa de la historia industrial y la historia agraria no ha llegado a consumarse. Hay frenos culturales y mentales que aún no han podido disolverse pero que, cuando por fin lo hagan, obligarán a rectificar de forma radical las explicaciones. Lo que aquí se

11. Según Chayanov ([1924] 1974), pp. 77, la intensidad del trabajo depende de forma «especialmente significativa» de la «presión que ejercen sobre los trabajadores las necesidades de consumo de la familia». Sin embargo, él mismo admitía (p. 81) que «las necesidades de consumo pueden ejercer una influencia determinante tan excepcional sólo cuando *todo lo demás es igual*», lo que recorta mucho el ámbito de aplicación de esta *ley*. Ogilvie y Cerman (1996), p. 8 afirman lapidariamente: «la orientación hacia la subsistencia de los trabajadores rurales no se funda en estudios empíricos y resulta inconsistente»; también Berg (1987), p. 151.

12. Hay alternativas intermedias: Chassagne (1981), pp. 37-45 utilizaba el ejemplo de la lencería de Laval para hablar de un «modelo triangular» de protoindustria en el que los comerciantes locales asumían el control de la protoindustria, en contraposición a un «modelo trapezoidal» en el que el control lo asumían comerciantes forasteros. No obstante, en ambos casos, el control de la producción era asumido por comerciantes disociados de las actividades artesanales.

propone es un punto de vista más abierto: el medio rural, como el urbano, tiene a su alcance un conjunto muy diverso de oportunidades gracias al contexto físico y al entramado institucional en el que se desenvuelve. Definirlos a partir de una sola actividad, sea la agricultura, sea la ganadería, no es más que una renuncia a entender la complejidad.

Así, en este trabajo no se pretende describir la organización de la pañería riojana, sino insertar la actividad industrial en el conjunto de una economía de montaña diversificada y pluriactiva. Para el historiador económico la agricultura, la ganadería o el comercio tienen existencias y formas de desarrollo independientes, pero para el campesino de la sierra, para las comunidades de la montaña, sólo existían la supervivencia familiar y la economía local, un cóctel que mezclaba, fusionándolos y confundiéndonos, un número elevado de ingredientes¹³. El único modo de hacer justicia a dicha variedad es partir del concepto pluriactividad, que llama la atención sobre la distribución de la fuerza de trabajo familiar por una generosa variedad de labores simultáneas o consecutivas que procedían tanto del mercado de trabajo –agrícola, ganadero, industrial o de servicios–, como de actividades extramercantiles sobre tierras propias o recursos comunales¹⁴. Este punto de partida obliga a analizar cada rama económica sin dejar de vigilar, aunque sea de soslayo, sus relaciones con el resto, sin prejuzgar que unas son principales y otras complementarias, observando el conjunto y otorgando el papel protagonista no a una u otra actividad sino a la pluralidad de actividades. Se trata, en suma, de atender a la producción sin descuidar la reproducción, puesto que el trabajo y la misma producción de mercancías están engastados en un conjunto más amplio de actividades económicas mercantiles y no mercantiles, no sólo en la perspectiva de la familia, sino en la propia realidad. El entrelazamiento entre producción y reproducción es lo que estructura el modelo. Sólo apreciando estas condiciones será posible construir una visión de conjunto que ilumine de paso todos los rincones.

En este sentido, es de justicia recalcar, por último, una virtud indirecta de las teorías de la industria rural: la investigación se desarrolló en ámbitos locales y regionales¹⁵. El enfoque comarcal del fenómeno proporcionó a las explicaciones un

13. El lector avezado habrá reconocido que esta afirmación se atreve a ampliar y generalizar una frase de De Vries (1990), p 115: «desde el punto de vista de los capitalistas, la agricultura y la industria eran dos sectores distintos de la economía, desde el punto de vista de la población aldeana, sólo existía la economía familiar».

14. Cazzola (1987), Garrier y Hubscher, eds. (1988), Domínguez Martín (1993a) y (1993b), Moreno (2001). Para la centralidad del régimen comunal Moreno (2002). Por otro lado, a juzgar por lo acontecido en Francia, en Hungría, en Italia, en Suiza y en otros lugares, sospecho que la pluriactividad está especialmente adaptada a explicar las economías de montaña: Mayaud (1984) y (1988), Zimányi (1990), Cafagna (1983), Fontaine (1991), McNeill (1992), pp. 117-126.

15. Una de las primeras propuestas de la idoneidad del ámbito regional para el análisis del crecimiento económico fue planteada por el mismo Mendels (1981). Las reflexiones actuales de algunos defensores de la historia regional de la industrialización en Pollard (1995), pp. 46 y ss, o en Hudson, ed. (1989).

gran vigor y ésta ha sido sin duda una consecuencia teórica y metodológica extraordinariamente fértil. El análisis local se reveló como el único capaz de combinar de forma completa y minuciosa todos los argumentos ambientales, demográficos, sociales, económicos e institucionales necesarios para presentar una interpretación convincente del cambio económico. Las relaciones entre los múltiples fenómenos que se analizaban debían ser abordadas en marcos regionales para mostrar hasta qué punto no se trataba de relaciones lineales o cerradas, sino de resultados variables, explicables en función de las condiciones del mercado sin excluir el peso de los contextos locales¹⁶.

La especialización de la industria lanera a mediados del siglo XVIII

A mediados del Setecientos nos encontramos en el sur de La Rioja con una industria rural ya muy antigua¹⁷. Es más, sospecho que en los años cincuenta la industria rural ya había perdido mucha de la importancia que tuviera en las primeras décadas del Setecientos¹⁸. Como veremos, una industria rural como la que existía en las sierras era muy sensible a alteraciones de la coyuntura y se desintegraba con la misma rapidez con la que se creaba.

Podría sorprender que sea necesario empezar por el principio —cuántos paños y de qué tipos se producían en la industria serrana— cuando se han publicado algunos trabajos que tratan este asunto. Sin embargo es imprescindible, porque las bases productivas del textil disperso han sido mal descritas, en parte por un uso acrítico de las fuentes, en parte por un abuso manifiesto de recetas teóricas aplicadas de modo mecánico¹⁹. Así, ha prevalecido una imagen imprecisa del textil lane-

16. Ejemplos de cómo se deben enhebrar todos los elementos disponibles para producir explicaciones convincentes en Gullickson (1982) o Hudson (1995). Ambos trabajos llaman la atención sobre las relaciones entre agricultura e industria y sobre su variabilidad en dependencia de distintos factores. Para Cataluña, Torras (1981), pp. 27, incidió en este asunto advirtiendo de la importancia de atender a las «lógicas particulares» y de que la «industria tradicional» no podía entenderse como una realidad económica inmutable.

17. Brumont (1986), pp. 50-60 y (1993), pp. 133-142, demuestra cómo la industria dispersa serrana estaba presente, a finales del siglo XVI, con características similares a las que aquí se van a comprobar. Entre 1546 y 1549 la zona Cameros-Demanda adquirió el 12,7 por 100 de todo el pastel que vendió la compañía de los Bernuy, una de las más importantes de toda Europa; Casado Alonso (1990), pp. 532.

18. No debe ser azaroso que en Lumbreras y Villoslada (Cameros) sólo dos de sus seis tintes estuvieran en funcionamiento; Archivo Histórico Provincial de La Rioja (AHPLR), Catastro, cajas 350 y 624, libros 410 y 765, respuesta 17. En Ezcaray (La Demanda), sin embargo, la pañería estaba sumamente decaída, pero la puesta en funcionamiento a partir de 1753 de la Real Fábrica de Paños, iniciaría un camino de crecimiento industrial que, con altibajos, persistiría durante un siglo.

19. Por ejemplo, Ochagavía (1957) copia a mansalva páginas enteras de las *Memorias* de Larruga (1785-1800). Más recientemente, González Enciso (1984a) y (1984c) utiliza la información de Larruga sin someterla a crítica y emplea de forma sesgada las respuestas generales del Catastro de Ensenada; todo para comprobar si la pañería serrana encajaba o no en los requisitos de Mendels, haciendo caso omiso del resto de las actividades que configuraban el horizonte productivo de la comarca.

ro basada por un lado en la falta de una estimación sensata sobre su importancia productiva y por otro, en el error de atribuirle una calidad superior a la real.

Los datos publicados por González Enciso incluyen numerosos errores, algunos copiados de Larruga, otros de su propia cosecha. Utilizando algunas referencias sueltas, llegaba a contabilizar 23.031 piezas de paño en algunos centros textiles de La Rioja, a la altura de 1745. Ahora bien, sumaba 6.000 paños a Cornago cuando Larruga hablaba tan sólo de 6.000 varas, una producción mediocre. Lo mismo sucede con Villanueva, donde convirtió 3.000 varas en 3.000 piezas²⁰. Por decirlo rápido, de las seis localidades cuya producción recogía González Enciso para 1745, la mitad figuraba con datos gravemente errados.

El cálculo de la importancia productiva de la sierra es más complicado que todo eso. El Catastro de Ensenada en lo relativo a las tierras es una fuente bastante fiel, para la ganadería presenta diversos problemas, pero en el caso de los paños la falsedad puede llegar a ser exasperante. Larruga aún empeora las cosas. La mayor parte de los datos que proporciona este autor para mediados del siglo XVIII proceden de expedientes presentados por los pueblos ante la Junta de Comercio –de la que fuera archivero el propio Larruga– para la obtención de privilegios y franquicias. Lejos de ocultar su riqueza, los ávidos solicitantes de exenciones fiscales la exageraban, adornaban sus declaraciones, engordaban sus cifras de producción y se envanecían de producir calidades por encima de las reales. Si se cruza la información de Larruga con el Catastro, con documentación municipal y con protocolos notariales, es fácil comprobar que sobra maquillaje y falta sustancia.

Ante estos escollos, la solución es hacer buenas estimaciones sobre muestras fiables. A estos efectos, sabemos cuántos maestros tejedores había, unos 535, en toda la sierra. En algunas localidades –que reunían a 236 maestros tejedores– las respuestas generales del Catastro recogieron una cifra de producción verosímil, 5.363 paños²¹. Es probable que haya abundantes ocultaciones, pero si pensamos que el monto total de los paños elaborados en estos pueblos es representativo y que debía guardar relación con la presencia de tejedores, no es insensato extrapolar este

20. González Enciso (1984a), p. 55 y Larruga (1785-1880), pp. XXII, 5 y 77. También atribuía a Zarzosa 5.500 piezas de paño, en este caso tomando como bueno lo que sólo puede ser una errata de Larruga; según éste, (1785-1880), pp. XXII, 55, había «11 telares, pero sin la actividad correspondiente, pues solamente se trabajaron en él 5.500 piezas de paños azules, verdes, pajizos, blancos, leonados, parduscos, negros y algunas bayetas». Ni con la mejor de las voluntades se podría calificar de actividad por debajo de lo correspondiente a lo que en realidad sería una producción descabellada de 500 paños por telar. Lo lógico es pensar que Larruga quiso escribir otra vez *varas* y no *paños*. Las erratas de Larruga parecen ser inagotables –Hernández (2001a)– y el cruce con el Catastro de Ensenada confirma esta hipótesis: en 1753 se atribuyeron a Zarzosa unos 184 paños de a 32 varas cada uno, o lo que es lo mismo, 5.888 varas; AHPLR, Catastro, caja 631, libro 776, respuesta 34.

21. Es decir, alrededor de 23 piezas de 32 varas de media cada tejedor. La muestra comprende 22 municipios: Ajamil, Almarza, Arnedillo, Ezcaray, Hornillos, Jalón, Laguna, Lumbreras, Montalbo, Muro, Pinillos, Rabanera, San Román, Santa María, Soto, Torre, Torrecilla, Torremuña, Viguera, Villanueva, Villoslada y Zarzosa; el 40 por 100 del territorio y el 43 por 100 de la población serrana.

resultado a las localidades para las que carecemos de datos de producción. Hecho esto, los 535 telares riojanos procesarían al año entre 12.200 y 13.000 paños, lo que supone una cantidad mínima entre 390.000 y 415.000 varas²².

No disponemos de valoraciones equivalentes en las mismas fechas, pero salvando las distancias podemos encontrar términos de comparación. Los tejidos de lana que se producían a fines del siglo XVIII en las dos Castillas, Cantabria, Galicia y Extremadura pasaban de los ocho millones y medio de varas²³. En los partidos montañosos de Albarracín y Teruel, en los que había un modelo económico similar al de las sierras riojanas, se llegaron a elaborar a finales del siglo XVIII hasta 307.000 varas²⁴. En la ciudad de Segovia en el lustro entre 1748 y 1752 se produjeron unas 5.100 piezas anuales, en torno a las 190.000 varas. Durante 1783 en toda la provincia, exceptuada la capital, se alcanzaron las 320.000 varas, eso sí, con una población casi cuatro veces superior²⁵. Los centros extremeños donde se fabricaban paños burdos –catorcenos y docenos– tenían una fuerte producción; en Torrejoncillo 4.000 piezas, en Torremocha 1.440 y en Casatejada más de 4.200, es decir alrededor de 350.000 varas en tan sólo tres municipios alrededor de la fecha en la que Larruga redactó sus *Memorias*²⁶. La compatibilidad de estas producciones residía en la variedad de calidades y su orientación a categorías de consumo diferentes. Los paños burdos de Extremadura, los comunes de La Rioja y los finos de Segovia y Béjar sólo ocasionalmente se podían hacer competencia entre sí.

Así pues, la industria lanera riojana producía un mínimo de 400.000 varas de paños anuales. En su mayoría de calidades comunes y ordinarias: algunos sayales y cordellates, algunos paños veintenos o veintidosenos, pocos paños de calidades superiores y, sobre todo, una gran cantidad de bayetas y paños dieciseisenos y dieciochenos²⁷. Productos comunes y baratos para una demanda preferentemente rural que se extendía por buena parte de la península y se hacía presente en ferias de comarcas muy diversas.

22. Esta cantidad infravalora la capacidad productiva real. La dedicación de los tejedores podía ser muy variable según el impulso de los fabricantes, pero la producción calculada por cada telar es muy pequeña en comparación con otras zonas. Según Melón (1989), pp. 227-232 los telares de paños burdos extremeños producían entre 53 y 100 piezas cada uno, cuando aquí se han considerado sólo 23 piezas por telar.

23. Fernández de Pinedo (1986), p. 98.

24. Peiró (2000), pp. 106-107, califica esta cantidad como «muy alta», más si se considera que para esas fechas ya se había retraído la producción de paños.

25. La comparación con la ciudad no es útil del todo porque en Segovia se elaboraban paños finos y superfinos. Es mejor el cotejo con la producción rural, que trabajaba calidades equivalentes; García Sanz (1986), pp. 222-226 y pp. 250-251. Para un resumen de la producción de núcleos concentrados en pañería de calidades superiores, Ros Massana (1999), p. 36.

26. Melón (1989), pp. 227-232. En 1785, la producción pañera del conjunto de Extremadura ascendía a más de 1.300.000 varas (p. 248). Ver también Llopis (1996), pp. 100-103.

27. Causa asombro y maravilla leer en González Enciso (1984b), p. 18 que «Camereros y Béjar trabajarán paños de alta calidad».

Los fabricantes de paños

La pañería de las sierras riojanas en el XVIII había tomado la forma de una industria rural muy desperdigada, no tanto espacialmente como por su gran calado social. La distribución geográfica de la artesanía lanera mantenía a la vez una gran dispersión por casi toda la montaña y una ligera concentración de los mayores volúmenes productivos en unas cuantas villas de Cameros. Este fenómeno, ensanchado, se reproducía en clave social. En la fabricación de paños se ocupaba la mayor parte de la población, bien que sólo unos pocos alcanzaban una actividad mediana. Resulta chocante que una de las comarcas más industriosas de su época lograra un gran volumen productivo a mediados del siglo XVIII gracias a cientos de contribuciones modestas, pequeñas incluso desde la perspectiva de la economía familiar.

Para una población que rondaba los 35.000 habitantes, la pañería daba empleo, con distintos grados de estabilidad e intensidad, a unas 7.500 personas en las distintas fases del proceso de elaboración. Los patrocinadores de la pañería, los *verleger*, denominados en la documentación «fabricantes», eran alrededor de 1.900 –entre 8.800 vecinos, el 21 por 100 de los hogares– y entre ellos había labradores, pastores, ganaderos, artesanos, curas, boticarios, escribanos o taberneros. Dueños de la materia prima y del paño acabado, eran fabricantes sin fábrica –y sin muchas otras cosas–, no controlaban el proceso de trabajo, ni es pensable que lo pretendieran²⁸. Sus posibilidades al respecto eran insignificantes. Si los analizamos a través de la extensa muestra recogida en el cuadro 1, tres cuartas

CUADRO 1

ESTRUCTURA DE LA PRODUCCIÓN LANERA EN LA SIERRA, 1750

Número de piezas	Fabricantes	%	Producción	%	Promedio
0-5	892	76,2	1.773,5	33,1	2,0
5,1-10	188	16,1	1.422,5	26,5	7,6
10,1-20	61	5,2	818	15,3	13,4
20,1-40	19	1,6	530	9,9	27,9
40,1-80	7	0,6	418,5	7,8	59,8
> 80	4	0,3	400,5	7,5	100,1
Total	1.171	100,0	5.363	100,0	4,6

Fuente: AHPLR, Catastro, respuestas generales de Ajamil, Almarza, Hornillos, Jalón, Laguna, Montalbo, Muro, Pinillos, Rabanera, San Román, Santa María, Soto, Torre, Torrecilla, Torremuña, Viguera, Villanueva, Arnedillo y Zarzosa; libros mayores de lo raíz de Ezcaray, Lumberas y Villoslada.

28. Los «fabricantes sin fábrica» en un artículo clásico de Torras (1987). Sobre el control del trabajo por los fabricantes (pelaires) de Igualada, Torras (1992). En La Rioja también los artesanos trabajaban a sueldo de los fabricantes, pero estos no estaban agremiados ni tenían autoridad especial sobre aquellos.

partes de ellos producían en torno a 2 paños anuales y más del 90 por 100 se situaba por debajo de la decena²⁹. Casi todos intervenían también en las fases de elaboración menos exigentes en cualificación, la carda y el hilado.

La autonomía e independencia con que se organizaba la pañería se describe en el Catastro. En Laguna, con unos 200 vecinos, había 110 fabricantes y 64 traficantes para una producción de 15.000 varas, elaboradas por 9 tundidores, 9 bataneros y percheros, 4 tintoreros, 5 prensadores de paños, 11 tejedores, 30 cardadores –«Que se ejercitan en la labranza [...] de las tierras, como el tiempo restante en cardar en los obradores de los fabricantes de paños, a que asisten las horas y días desocupados [...] como cinco meses al año»–, más 150 hilanderas, 70 escarmenadoras y «otros tantos devanadores³⁰. Todos a tiempo parcial, simultaneando su oficio con otros. Una de las más importantes concentraciones de industria rural dispersa, valga la paradoja, presentaba una fragmentación productiva extrema. Su lógica estribaba en la calidad mediana del producto, en las bajas exigencias de capital y de cualificación del trabajo, y en la oportunidad de utilizar la mano de obra familiar. Salvo unos doscientos paños veintidosenos y la corta producción de un telar treintaidoseno de la fábrica de Ezcaray, la industria lanera serrana estaba compuesta por paños y bayetas dieciseisenos o, en el mejor de los casos, dieciochenos. Ese era el tipo de producción apropiado, si así puede decirse, para satisfacer la demanda de pluriactividad de los hogares serranos.

El Catastro ofrece pobres noticias sobre la pluralidad de oficios, pero son suficientes para hablar de *alergia* de los serranos a la especialización (cuadro 2). A primera vista, de los 389 fabricantes que había en Ezcaray, Lumbreras, Ortigosa y Villoslada, sólo 32 carecían de otro oficio. Al menos en apariencia, porque un análisis detallado revela que estos hogares estaban compuestos por personas a las que el Catastro consideró inactivas lo fueran o no: ancianos, viudas y una huérfana. Si prescindimos de esos casos, distorsionadores de la realidad, lo cierto es que las dimensiones de la *fábrica* no daban pie a una dedicación exclusiva a la pañería: todos los fabricantes, sin que fallara ni uno sólo, practicaban la pañería al mismo tiempo que otras actividades o fuentes de ingresos³¹.

Como era de esperar, los oficios de los fabricantes de paños reproducían el esquema profesional del conjunto de las familias serranas. Es notable la falta de concentración de la producción en un grupo profesional concreto: los 26 fabricantes de los escalones más pudientes eran 4 labradores, 3 ganaderos, 4 miembros

29. El promedio era de 4,6 piezas por fabricantes, pero la mediana, el indicador más significativo, era de 2. Ros Massana (1999), p. 68, fija por debajo de 5 piezas la actividad de los fabricantes bejaranos de principios del Setecientos y la califica de «muy pequeña».

30. AHPLR, Catastro, caja 311, libro 367, respuestas generales 30, 31 y 32.

31. González Enciso (1984c), p. 77, pensaba, sin fundamento, que en esta comarca «hay muchas zonas de dedicación industrial exclusiva».

CUADRO 2
OTROS OFICIOS DE LOS FABRICANTES DE PAÑOS SERRANOS, 1750

Utilidades*	Ninguno	Labrador	Pastor	Ganadero	Servicios	Artesano	Comercio	Total
≤ 50	4	24	31	—	5	7	8	79
51-100	18	15	97	29	8	26	18	211
101-200	7	10	16	11	4	12	13	73
201-500	3	4	—	3	3	4	5	22
> 500	—	—	—	—	1	2	1	4
Total	32	53	144	43	21	51	45	389

* Se han ordenado los fabricantes según las utilidades, en reales de vellón, que les fueron señaladas por su actividad fabril.
Fuente: AHPLR, libros mayores de lo raíz, Ezcaray, Lumbreras, Ortigosa y Villoslada.

del sector servicios –un boticario, dos escribanos y un confitero–, 6 artesanos –tres tejedores, dos prensadores y un tundidor–, y 6 comerciantes. Ni siquiera estos últimos se destacaban del resto como un hipotético motor del crecimiento de la industria rural dispersa. Las características de la comercialización de los paños serranos, como veremos más adelante, no eran las más propicias para un fenómeno de ese estilo.

Esta organización de la producción no era el mejor marco para que los fabricantes controlaran el proceso productivo. Pero es que la lógica del textil riojano, al menos la del textil común, no era la lógica de la acumulación, sino la de la pluriactividad. En Ortigosa la descripción que hicieron en el Catastro no dejaba lugar a dudas:

Todos los vecinos se emplean en la fábrica de paños, unos más y otros menos, dando a hilar algo a forasteros. Por lo regular se fabrica en cada año 900 paños secenos y bayetas de diferentes géneros poco más o menos de a 32 ó 33 varas cada uno, y así se estiman las bayetas aunque tengan más varas. Y el ejercicio de fábrica por lo regular y común es de mujeres pues los hombres y muchachos se emplean en la guarda de ganado merino, labranza y tráfico sin saber de carda; y a cada persona mayor que no tenga otro ejercicio le quedará de su trabajo medio real por día para su manutención, y aunque no alcanza los 180 útiles consiste en que lo suplen ya de sus soldadas y ya de otros trabajos y utilidades del ganado y tráfico³².

Gracias a los memoriales se ha podido reconstruir la estructura del empleo en la localidad: las 412 familias se repartían un total de 1.276 oficios (cuadro 3). Y eso que se trata de un mínimo que sólo pálidamente ilustra la amplitud del fenómeno porque falta buena parte del trabajo femenino y casi nunca aparece el traba-

32. AHPLR, Catastro, caja 419, libro 503, respuesta 33.

jo infantil³³. El pastoreo, la labranza y la fabricación de paños eran los más representados con mucha diferencia. Entre los tres suponían el 77 por 100 de las actividades que se desempeñaban en la sierra. Podemos reagrupar algunos oficios de una manera incluso más expresiva. Sumando, por ejemplo, pastores y ganaderos, se percibe el importante peso que tenía el subsector pecuario en las economías familiares, el 31 por 100 de las fuentes de ingresos derivaban del trabajo en el pastoreo y de la propiedad del ganado, casi 10 puntos por encima de las dedicaciones agrícolas. Todavía más contundente era la extensión de los oficios relacionados con el textil: 350 vecinos se dedicaban a la fábrica de paños, había un mínimo de 78 artesanos textiles —49 tejedores, 10 bataneros, 7 tundidores, 5 cardadoras y 7 tintoreros— y 38 traficantes de paños. Esto hacía un total de 466 oficios textiles, el capítulo principal de la estructura del empleo ortigosano, superior al 36,5 por 100 de todas las dedicaciones³⁴.

Por cierto que entre villas y aldeas había diferencias. El textil pesaba más en Ortigosa, donde se avendaban 64 de los 78 artesanos laneros, el 72,6 por 100 de los fabricantes y todos los vecinos que se dedicaban al tráfico de textiles. Los oficios laneros suponían aquí el 42 por 100 de todas las entradas registradas, mientras en las aldeas eran el 29,5 por 100. En las sierras se había producido una división interna del trabajo muy visible. En aldeas y lugares pequeños la ruralización configuraba una economía simplificada: más agricultura, menos ganado trashumante, más ganado estante y menor presencia de la industria y el comercio pañeros. Las villas eran los centros dinámicos que proporcionaban el capital, el empleo y una economía monetizada. Las aldeas actuaban como reservas de fuerza de trabajo, de pastos y de ganado de labor y de transporte. La intensidad y la frecuencia de la pluriactividad, sin embargo, eran similares, aunque un poco más intensas en la villa, en la que se contaban 3,2 oficios por familia, que en las aldeas, con 2,8.

El impresionante volumen productivo de la sierra se alcanzaba sumando un montón de fabricantes para los que las tareas textiles ni siquiera eran bastantes para asegurar su independencia económica. Aunque ello no hacía del textil una actividad complementaria. Al contrario, desde la óptica de la pluriactividad todas las dedicaciones campesinas eran marginales y todas eran fundamentales. Incluso

33. Se han recogido los datos de todos los niveles de elaboración del Catastro y se han cruzado para cada individuo. Este es el único modo para detectar, siquiera aproximadamente, la diversidad de actividades en cada hogar. Tanto los memoriales, como los libros de lo personal o los libros de haciendas, abundan en detalles inesperados que facilitan la inclusión de una parte, aunque mínima, del trabajo femenino. Asimismo, siempre que he encontrado a mujeres propietarias de una extensión de tierra por encima de la media del pueblo, las he considerado también *labradoras*, y *ganaderas* a las que poseían por encima de las doscientas cabezas de ganado lanar. Igual he procedido con los mayores de sesenta años y con los huérfanos.

34. Téngase en cuenta que las fases preparatorias de la fibra casi no aparecen. Las cinco cardadoras eran otras tantas viudas a las que se indicó esta actividad, pero ello, naturalmente, oculta a las mujeres que no eran «cabezas de casa». Con unos memoriales más detallados, Hernández (2001b) ha podido comprobar que en Astudillo trabajaba nada menos que el 72 por 100 de las mujeres, casi todas en el textil.

CUADRO 3
ESTRUCTURA DEL EMPLEO EN ORTIGOSA Y SUS ALDEAS, 1750

	Ortigosa			Aldeas			Ortigosa y aldeas		
	n.º	%	%	n.º	%	%	n.º	%	%
Pobres	48	5,4	68,6	22	5,7	31,4	70	5,5	100
Agricultura*	186	20,9	64,4	103	26,6	35,6	289	22,6	100
Pastores	219	24,6	64,6	120	31,0	35,4	339	26,6	100
Ganaderos	28	3,1	51,9	26	6,7	48,1	54	4,2	100
Servicios	26	2,9	92,9	2	0,5	7,1	28	2,2	100
Criados	8	0,9	100,0	0	0,0	0,0	8	0,6	100
Artesanos	82	9,2	82,0	18	4,7	18,0	100	7,8	100
Fabricantes	254	28,6	72,6	96	24,8	27,4	350	27,4	100
Traficantes	38	4,3	100,0	0	0,0	0,0	38	3,0	100
Total	889	100,0	69,7	387	100,0	30,3	1.276	100,0	100

* En esta categoría he sumado labradores, jornaleros y 14 vecinos que recogían leña del monte para su venta.

Fuente: AHPLR, Catastro, memoriales, libros de lo personal y de haciendas de Ortigosa.

había casos, como Ezcaray, en los que se invertía el orden tradicional de actividades principales y suplementarias:

Hay fábrica de paños dieciochenos en esta villa, que está muy decaída y por las experiencias y práctica que tienen de la utilidad que queda al fabricante, declaran que cada pieza de paño de diecisiete a dieciocho varas le deja al dueño de ganancia diez reales de vellón y no más, por ser dichos paños de inferior calidad, hallándose precisados los tratantes en este oficio para ayuda de alimento a labrar algunas tierras por medio de labradores, y aunque reciben alguna mayor utilidad es por el trabajo que hacen sus mujeres, hijas y algunos muchachos menores de diecisiete años, a quienes no les consideran utilidad³⁵.

Además, la oligarquía serrana integrada por los ganaderos propietarios de grandes rebaños, como los Sánchez Salvador o los López Montenegro³⁶, no participaba en la fabricación de paños –tampoco se comprometía en su comercio–. Aunque trashumancia e industria rural estaban presentes en los hogares de casi todos los serranos, en algunos aspectos convivían sin solaparse. Lo cual puede contribuir a explicar la elección de una pañería de inferior calidad, con escalas de producción y comercialización liliputienses³⁷.

35. AHPLR, Catastro, caja 224, libro 263, respuesta 33.

36. La ganadería trashumante serrana se ha analizado con detalle en Moreno (1999a) y (1999b).

37. Además, la convivencia era complicada. Donde se concentraba el ganado merino trashumante los paños eran casi siempre comunes hechos con lana churra. En los pueblos que elaboraban algunos paños finos con lana merina, como Soto o Pedroso, no residían ganaderos trashumantes ni había ovejas merinas: faltaba, por tanto, una corriente exportadora que arrastrara las materias primas y dificultara su acceso a los fabricantes de menos recursos.

Resulta absurdo solemnizar categorías insípidas como la de *fabricante*, que incluyen igual al miserable vecino que hacía media bayeta y a D. Juan Antonio Lázaro Ariza, de Soto, fabricante de un centenar de paños, dueño de una decena de casas y comerciante de paños al por mayor con un beneficio neto de 28.500 reales al año. De momento, baste con señalar la ausencia de especialización de los fabricantes. Si García Sanz encontraba en Segovia *mercaderes hacedores de paños* y *artesanos hacedores de paños*, en La Rioja habría que distinguir labradores, pastores, ganaderos, artesanos y comerciantes *hacedores de paños*, lo cual sería excesivo³⁸. La conclusión es que, en las montañas riojanas, el único término aceptable es el de *serranos hacedores de paños*³⁹.

El comercio serrano de paños: trajinantes y buhoneros

La distribución era un asunto privado relacionado con la habilidad y el radio de acción de cada comerciante, pero también con las redes estables que se iban ganando en algunos puntos, como Orense, donde había varios soteños con «casa abierta»⁴⁰. Los propios serranos, sin ayuda de comerciantes urbanos, se las habían arreglado desde antiguo para introducirse y para consolidar su puesto en mercados lejanos: Extremadura, Andalucía, Castilla o Galicia. A mediados del siglo XVIII se mantenían –en ocasiones ampliándose– esas rutas de salida. Sin embargo, es complicado rastrear los itinerarios comerciales con detalle. Las fuentes locales son poco explícitas a este respecto. Ocasionalmente se menciona el destino de los paños serranos, pero desconocemos qué volumen de producción absorbía cada uno. Entre los destinos figuraba una buena representación de la geografía hispana: Navarra, Aragón, Burgos, Plasencia, Rioseco, las dos Castillas, Galicia, tierra de

38. La denominación de los *mercaderes hacedores de paños* para la Segovia del siglo XVI en García Sanz (1987); el mismo autor (1989) y (1991) ha analizado la complejidad organizativa del modelo segoviano en distintas fechas.

39. Sin embargo González Enciso (1984b), p. 23-24; y (1984c), pp. 58-61, afirmó: «en muchos lugares de la Sierra de Cameros no se producía la alternancia de dedicación agrícola e industrial, no al menos de una manera rígida y mecánica». Mecanicismos aparte, esta afirmación la sustenta en una mala comprensión del significado de términos como «fabricante» y «labrador», en un uso dudoso de la documentación catastral y en la constatación apresurada de que en varios lugares, entre ellos Villoslada, «no se menciona que [los vecinos] tengan varias fuentes de ingresos». Este es un excelente ejemplo de por qué es obligado acudir al Catastro con todas las precauciones y de la necesidad de cruzar sus distintos niveles de elaboración. Si González Enciso hubiera comparado, vecino a vecino, los oficios y las utilidades de las respuestas generales con los libros de lo raíz y los libros de cabezas de casa, habría observado que de 51 fabricantes, todos menos cinco viudas y una huérfana tenían al menos otro oficio.

40. AHPLR, Catastro, caja 543, libro 658, respuesta 31. Entre los pleitos de hidalguía que se conservan en la Real Chancillería de Valladolid y los de la sección de Manuscritos del Instituto de Estudios Riojanos, una muestra aleatoria muy reducida, encontramos hasta quince serranos que, desde principios de siglo hasta 1760 se dedicaban al comercio en localidades extremeñas, o en Cádiz, Málaga, Sevilla o Madrid.

Campos, Andalucía, Madrid, La Mancha, Extremadura. El radio de la venta dependía también de la escala, tanto de la fábrica como del tráfico. Los pequeños traficantes, como los pastores, se limitaban a hacer el negocio en las inmediaciones de las cañadas o de los pastizales invernales. Otros, sin embargo, pronto se atreverían incluso con las Indias⁴¹.

Había dos tipos de comerciantes: especializados y pluriactivos. O, lo que suele coincidir, unos pocos grandes y una miríada de medianos y pequeños. La diferencia sustancial se establecía entre el comerciante que se dedicaba al tráfico como oficio principal y el que lo utilizaba como una más de las actividades familiares. El primero no estaba muy representado en la sierra. Sólo había ejemplares de esta clase en las principales plazas, como en Soto:

Que en esta villa y su aldea hay cuarenta y ocho comerciantes que tienen dada en ella relaciones de las utilidades que les produce su comercio y granjerías [...]; que otras cuatro compañías que mantienen los vecinos de esta población en el reino de Galicia se ha justificado haber dado las utilidades de ellas en la ciudad de Orense, donde mantiene casa abierta para beneficiarlas; que así bien hay dos comerciantes que han dado principio a comerciar en la América en el año próximo pasado de 1752, por cuya razón no pueden considerarles por ahora su utilidad⁴².

En cambio los pequeños comerciantes a tiempo parcial se extendían por toda la montaña. Eran los únicos en las localidades menos fuertes y aparecían incluso en las que habían concentrado la comercialización. Veamos cómo se les describía en el mismo Soto:

Doce vecinos que después de hechas sus labores de labranza se emplean con sus personas y caballerías en el trajino y conducción de paños y demás géneros en que tratan los comerciantes de esta villa a las provincias de Andalucía, de Galicia, de las montañas de Asturias y de Vizcaya [...] Otros siete y una viuda que en la forma referida emplean sus caballerías por medio de sus criados e hijos respectivamente en el mismo trajineo y conducción de paños y otros géneros, [...] que en dicho trajino se emplean sesenta y cuatro caballerías mayores y dos menores⁴³.

Se trataba de pequeños comerciantes estacionales, labradores que durante unos meses se transformaban en algo a medio camino entre el arriero y el trajinero por cuenta propia, efectuando intercambios de todo tipo de productos, no sólo de textiles. En Laguna, por ejemplo, salían de su villa con una o dos caballerías, unos pocos paños y algo de dinero. Así pertrechados y valiéndose de su capacidad

41. Este comercio estaba dando sus primeros pasos sólo en pueblos de características especiales, como Soto, que se describe sumariamente más abajo.

42. AHPLR, Catastro, caja 543, libro 658, respuesta 31. Muy pronto, conforme se desarrollara la nueva fábrica de paños, también empezarían a aparecer grandes comerciantes en Ezcaray.

43. AHPLR, Catastro, caja 543, libro 658, respuesta 32.

negociadora, muy poco corriente en la época, mercadeaban con todo lo que tenía a su alcance:

Que llevan a vender [los paños] y los conducen en sus caballerías y a porte a la Andalucía y otros que compran y comercian en aquellos países, manteniéndose en ellos cuatro o seis meses indistintamente según sus caudales; que de estos comerciantes hay el número de sesenta y cuatro vecinos y personas y criados; que tienen y traen otros géneros⁴⁴.

En otras ocasiones el grado de especialización todavía podía ser inferior y el móvil pluriactivo, por tanto, mucho más conspicuo. Así pasaba en Pradillo, donde algunos pastores «al paso para Extremadura, tienen la industria de llevar a vender sus paños», a imitación de los jornaleros gallegos que se desplazaban hacia Castilla con algún tejido de lino⁴⁵. Lo mismo confesaban algunos pastores de Villoslada y hay indicios razonables para pensar que esto estaba más extendido de lo que el propio Catastro sugiere. El inventario que se hizo en 1771 a la muerte del tratante en textiles Diego de La Riva, vecino de El Rasillo, es un buen botón de muestra. En el Catastro aparecía como labrador, pastor y pequeño fabricante; en el inventario poseía dos tornos andantes, una urdidera y dos pares de cardas, más un paño oscuro de 32 varas y 16 arrobas de lana; finalmente, constaba que le debían diferentes vecinos de la villa hasta 4.300 reales y que en Extremadura tenía deudas a favor por valor de 2.200 reales, «que se dan por perdidos por haber faltado los papeles y asientos que traía el difunto Diego la Riva en la cartera y los quitaron en dicha Extremadura⁴⁶.

Para ilustrar la estructura del comercio pañero he ordenado a los vecinos implicados según la utilidad señalada en el Catastro. En Ajamil, Laguna, Lumbreras, Ortigosa, Pedroso, Torrecilla y Villoslada –Soto se analiza más abajo– encontramos 240 individuos calificados como comerciantes, con unos ingresos que se amoldan a lo expuesto en el cuadro 4. El comercio de paños serrano estaba también muy fragmentado, pero menos que la fábrica, porque la distribución conllevaba exigencias de escala mínimas que desaconsejaban emprender el negocio a quien no las cumpliera. Así, las barreras de entrada impedían una proliferación insensata de comerciantes y las rentas netas generadas en la compraventa de paños resultaban comparativamente cuantiosas. El grupo inferior rondaba los 275 reales por vecino, una cantidad similar a la que podía ganar un pastor durante un año de trabajo y

44. AHPLR, Catastro, caja 311, libro 367, respuestas 30-32. Sobre el caso similar de los buhoneros franceses, Fontaine (1988) y (1990).

45. AHPLR, Catastro, caja 452, libro 546, Pradillo, respuesta 33. Sobre Galicia, Carmona (1990); sobre los célebres arrieros maragatos Rubio Pérez (1995); los negociantes de Calaf y Copons en Muset Pons (1995) y (1999); visiones globales en Ringrose (1987), Vassberg (1996) y Fontaine (1999). Esta movilidad se ha asociado también a las emigraciones temporales montañesas, Hufton (1989), pp. 388-390.

46. Lo que, de paso, ilustra sobre los riesgos del trajineo. AHPLR, Protocolos, Diego Domínguez Ruiz, 1771-72 (2ª), Caja 6994/1, ff. 94-104v.

CUADRO 4
ESTRUCTURA DEL COMERCIO PAÑERO EN LAS SIERRAS, 1750

Utilidades (rs.)	N.º vecinos	%	Reales	%	Rs/vecino
0-500	140	58,3	38.525	24,3	275,2
501-1.000	68	28,3	52.000	32,7	764,7
1.001-2.000	22	9,2	32.740	20,6	1.488,2
> 2.000	10	4,2	35.600	22,4	3.560,0
Total	240	100,0	158.865	100,0	661,9

Fuente: AHPLR, Catastro, libros de lo personal y libros de haciendas de Lumbreras, Ortigosa y Villoslada; respuestas grales. de Pedroso, Ajamil, Laguna y Torrecilla.

muy superior a los ingresos atribuidos a los fabricantes. Así, aunque el predominio numérico de los pequeños era importante, la desigualdad entre grandes y pequeños se reducía mucho en comparación con la fábrica⁴⁷. La comercialización de los paños en teoría se asociaba a economías de escala que empujaban a sus actores a aumentar las dimensiones del tráfico. Por otro lado, el alto número de comerciantes individuales por cuenta propia y el reparto de la tarta entre ellos, sugieren que el crecimiento del negocio por encima de determinado listón también planteaba obstáculos infranqueables. La escala más eficiente, a juzgar por el tamaño más usual, parecía reducirse a unas magnitudes intermedias que se corresponden con un comerciante cada cinco o seis fabricantes.

Ahora bien, por introducir un matiz necesario, es obligado recordar que no toda la sierra era idéntica. El modelo de Soto, excepcional en estas fechas y en el contexto riojano, nos pone frente a una localidad ocupada en una industria textil de calidad superior con una organización del trabajo y unas relaciones entre el capital mercantil y la producción textil más previsibles. Mientras en Lumbreras, Villoslada, Ortigosa, Ajamil, Laguna y Torrecilla elaboraban unos 2.441 paños y de su venta se encargaban 221 comerciantes, a razón de 11 paños por cabeza, en Soto se producían 1.212 paños y había tan sólo 68 comerciantes de todas las clases, tocando a 18 paños cada uno. El grupo de los «mercaderes de paños» en dedicación casi exclusiva acaparaba la mayor parte de la distribución. La estructura del comercio era opuesta a la de los otros pueblos. El 60 por 100 de los mercaderes estaba por encima de los 2.000 reales y había 6 en torno a los 10.000 (cuadro 5).

47. El índice de Gini de la fábrica era de 0,58, mientras la comercialización se mantenía en un reducido 0,45. Los cocientes entre la primera y la última decila también son significativos: 41,5 para fabricantes, 9,9 para comerciantes.

CUADRO 5
ESTRUCTURA DEL COMERCIO PAÑERO EN SOTO, 1750

Utilidades (rs.)	N.º vecinos	%	Reales	%	Rs/vecino
0-500	140	58,3	38.525	24,3	275,2
501-1.000	68	28,3	52.000	32,7	764,7
1.001-2.000	22	9,2	32.740	20,6	1.488,2
2.001-5.000	20	45,5	68.322	45,7	3.416,1
> 5.000	6	13,6	59.895	40,0	9.982,4
Total	44	100,0	149.575	100,0	3.999,4

Fuente: AHPLR, Catastro, libros de lo raíz de Soto.

Si el promedio de beneficios anuales en los demás lugares se limitaba a 661 reales, en Soto era casi seis veces mayor, 3.400 reales al año⁴⁸. Además esta cuarentena de individuos controlaba una porción de la fábrica y de los medios de producción. Treinta y cinco de ellos, que eran el 18 por 100 de los fabricantes, elaboraban el 34 por 100 de todos los paños⁴⁹. Eran también dueños de siete tintes y de dos batanes, tenían cedidos a renta 9 telares, 17 tijeras de tundir y 3 «prensas de pensar paños en frío», al margen de las herramientas de su propiedad, que no figuraban en las declaraciones. Por fin, era el único lugar en el que se habían formado compañías de comercio, aunque éstas fueran de un alcance comedido⁵⁰.

Después volveremos sobre estas disparidades. Ahora baste señalar que Soto era excepcional. Entre los dos modelos de comercialización posibles: la centralizada –pocos comerciantes con dominio de la distribución y, en ocasiones, también con control sobre la producción– y la acéfala –muchos comerciantes pluriactivos a tiempo parcial y a pequeña escala–, la sierra había optado por esta última. La salida de los paños y su puesta en contacto con los mercados de consumo se hacía de forma autónoma y minifundista. No había casi comerciantes importantes ni un predominio de estos sobre las actividades productivas.

La tentación es calificar este modelo como arcaico e ineficaz en la medida en que disminuía la capacidad de dirigir la producción. Desde el comercio se detectaban alteraciones en la demanda, como las que se producirían a partir de los años

48. Nótese, sin embargo, que los beneficios del comercio eran fijados con cierta arbitrariedad por el juez subdelegado y no todo se reducía al tráfico de paños. Los «trajinantes» salían de la villa con paños y podían hacer varios intercambios en el transcurso del viaje hasta volver con granos, lienzos, o cualquier otra cosa. Además, aunque el comercio se atuviera a la geografía de la producción, hemos encontrado a comerciantes de Soto controlando paños de otros pueblos cercanos. Estas tres razones explican que a 44 comerciantes, en teoría con sólo un millar de paños para hacer sus negocios, les correspondieran 150.000 reales.

49. No obstante, incluso en Soto la fabricación estaba fragmentada. Los fabricantes eran 190, de los que 152 (el 80 por 100) producían menos de 10 paños y sólo 4 producían más de 20 paños.

50. El capital «fijo» de la que encabezaba D. Pedro Pérez Lázaro consistía en dos mulos; la de Pedro Elías González se contentaba con un «macho domado».

sesenta, pero el limitado compromiso de los mercaderes con la producción podía menguar sus opciones para impulsar una rápida adaptación de la oferta. Sin embargo, aunque el modelo serrano impidiera el dominio del capital comercial que se puede observar en otros lugares de Europa, no carecía de lógica. Tenía un buen acoplamiento entre la calidad y la escala de la producción. Además, una clave del éxito comercial radicaba en la estabilidad de las redes centradas en mercados preferentes, en Extremadura, Andalucía y Galicia, que se frecuentaban y se cuidaban con mimo. Hacia allí se enviaba a algunos jóvenes para colocarlos en casas de comercio⁵¹, una práctica que cobraría ímpetu en el último cuarto del siglo, cuando la colocación de agentes comerciales aquí y allá adquirió los tintes de una diáspora mercantil.

Pero lo más importante es que la especialización en paños comunes entrañaba una demanda fluctuante, un rasgo poco compatible con puntos de venta fijos. El producto se destinaba a satisfacer una demanda de bajo poder adquisitivo que se ceñía en gran parte al medio rural y resultaba muy movediza dependiendo de la coyuntura agraria⁵². Si de vez en cuando había problemas por la elasticidad de la demanda, la comercialización se rezagaba, los beneficios se aplazaban y el mercader debía demostrar una cierta resistencia. El trajinante pluriactivo tenía un aguante considerable, más aún cuando era capaz de compartir costes con los fabricantes llevándose el paño a crédito y repartiendo las penurias.

En el mismo sentido, la diferencia con el enclave industrial de Soto seguramente estriba en que los soteños se ocupaban en la producción de calidades superiores. El aumento de calidad significaba aumento de costes por la exigencia, entre otras cosas, de materias primas más caras. Sólo quien dispusiera de unos caudales mínimos y de la capacidad para resistir ciclos muy lentos de rotación del capital podía hacer frente a una mejora del producto. Se trataba, por tanto, de una opción productiva que no estaba al alcance de la gente, es decir del pastor, del labrador o del pequeño propietario de ganado. De hecho, quizá ni siquiera estaba al alcance de los trajinantes del resto de la sierra.

51. En el libro de cabezas de casa de Laguna, por ejemplo, se incluyó el destino de unos cuantos hijos de los vecinos que estaban ausentes «empleados en el comercio»: había dos en Málaga, dos en Sevilla, tres en Madrid y uno en México, la punta de lanza de un fenómeno que se intensificaría en las décadas siguientes.

52. Los precios de venta variaban en gran medida dependiendo, entre otros factores menos cruciales, de la calidad. Los paños comunes de La Rioja podían oscilar entre los 12,5 reales la vara de 16no azul (AHPLR, Protocolos, Pedro Martínez de Mateo, 1760, caja 8.504, f. 61.), hasta toda la escala que, según Ochagavía (1957), p. 97, se podía encontrar en Pradillo a partir de colores y calidades: los azules y los leonados de lana fina (no sabemos qué tipo de paño era) a 14,5 rs, los del mismo color de lana churra a 13 o 13,5, los negros de lana churra 12,5, los negros finos a 13,5, los 20enos negros y anoguerados a 18, y los 22nos a 20 reales. En Béjar, correlativamente, la vara de paño 26no oscilaba en los años cincuenta entre los 24 y los 25 reales, Ros Massana (1993), p. 95.

La pluriactividad pañera en su contexto de mercado

La cuestión clave es, por supuesto, la lógica de la concentración y de la dispersión de la industria lanera. Con muchas probabilidades, la calidad de la fábrica estaba relacionada con la escala del negocio, con la concentración o dispersión del capital y los instrumentos de producción, y con la propiedad de los medios de producción⁵³. Entre los dos ideales empresariales, la maximización del beneficio potencial y la precaución ante los riesgos, prevaleció casi siempre el segundo. La preferencia por la pañería común sería origen de pequeñas necesidades de inversión, de la dispersión de las unidades de producción y de un reparto equitativo de los instrumentos de producción, y a la vez consecuencia de la propiedad dispersa de los medios de producción y de la facilidad con que cualquier familia aprovechaba su fuerza de trabajo en esa dirección. El resultado fue que en las montañas riojanas la lógica acumulativa era secundaria en relación con la lógica pluriactiva. La protoindustrialización era suplantada por la industria popular.

Como ya se ha sugerido, la especialización en calidades comunes era la clave de la atomización productiva y comercial. En algunos lugares, como Soto y en seguida también Ezcaray, la producción artesanal se canalizó a través de una concentración productiva originada en la opción por paños de mayor calidad, que, como es sabido, requieren una mayor escala en la producción⁵⁴ por la mayor exigencia en capital fijo, por la estacionalidad de la demanda y por el gran aumento del peso del capital circulante y del tiempo de rotación del mismo⁵⁵. Pero en las sierras esto era una extravagancia, porque si la pañería fina ampliaba las expectativas de beneficios, lo hacía a costa de un crecimiento correlativo de los riesgos. Con la excepción de estos núcleos que producían paños de calidad, el resto de las sierras no requería grandes dosis de capital y las instalaciones costosas, tales como tintes y batanes, trabajaban para todos, los pequeños y los grandes, sin exclusiones.

La escasa inversión necesaria para emprender la actividad aminoraba los riesgos y minimizaba las barreras de entrada. Desde la óptica doméstica, la fabricación de paños y el comercio facilitaban la reproducción económica familiar, aunque no más que el pastoreo o la labranza. La propia continuidad del minifundismo comercial acrecentaba la viabilidad de la fabricación. Las características de la pañería riojana, su carácter complementario –léase pluriactivo– y el bajo coste de oportunidad que implicaban fabricación y comercialización, la hacían muy resistente ante épocas malas. En la sierra se fabricarían paños mientras hubiera vías de salida, porque no había ninguna forma más lucrativa, pese a la incertidumbre, de sacar partido a la fuerza de trabajo. Por estas razones, la fabricación se asociaba a una

53. Para Benaul (1992), p. 40, existió una relación «condicionante» entre el tipo de tejido y la organización productiva.

54. Thomson (1982), pp. 119 y ss.

55. Torras (1981), Ros Massana (1993), pp. 79 y ss.

comercialización autónoma. Si la distribución organizada a gran escala se practicaba poco, tal vez era porque los mercaderes topaban con frenos insuperables para aumentar su volumen de negocio, quizá porque no se podía ampliar la escala de su actividad indefinidamente.

De entrada, el mercadeo no debía de ser tan provechoso y los trajinantes no disponían de capitales holgados. Muchos comerciantes se llevaban los paños a crédito, difiriendo su pago a la consumación de la venta. Así trabajaba, por ejemplo, Manuel Moreno Marín⁵⁶, al que le fue formado concurso de acreedores en 1755 por ocho fabricantes que denunciaban:

Que el dicho Manuel Moreno Martín nos está debiendo diferentes porciones y cantidades de maravedíes procedidas de mucha porción de paños que le vendimos para el comercio que ha tenido en el reino de Galicia; y de su orden otra mucha porción de dicha ropa a Juliana Pérez del Molino, mujer del susodicho, quien la recibió, ajustó y remitió al citado reino⁵⁷.

Detrás de esos mecanismos había, por supuesto, una lógica económica. Se trataba de compartir los riesgos, de flexibilizar los plazos y de engrasar ese comercio acéfalo, de reducidas dimensiones y poco capitalizado. Al igual que el paño se adquiría a crédito en el lugar de producción, también era corriente colocarlo a crédito en el punto de venta, de manera que la velocidad de circulación del capital no era precisamente supersónica⁵⁸. Además, la mayor parte de los comerciantes se movía en el medio rural y ponía el producto en contacto directo con el consumidor final, lo cual obligaba a trabajar en comarcas grandes que permitieran flexibilidad de movimientos.

Es muy posible, sin embargo, que el principal obstáculo al crecimiento de la escala fuera el mantenimiento de vínculos personales entre fabricantes y trajinantes. Los plazos y las condiciones del pago variaban en flexibilidad con arreglo a lo saneado de las finanzas de comerciantes y fabricantes pero, de forma muy especial, también a partir del grado de confianza que hubiera entre unos y otros. La confianza en un comerciante que pretendiera emprender negocios se iba disipando conforme se alejaba de su lugar de residencia. No era lo mismo vender paños a un vecino de la propia localidad o de un pueblo limítrofe que a un forastero. El trato se consumaba siempre que era posible en persona y, en caso contrario, por mediación de un comerciante conocido y de confianza, prendas que recaían con más frecuencia en los vecinos que en los forasteros.

56. Su familia era un buen ejemplo de la lucha por la reproducción a través de la diversificación del trabajo. Labrador, fabricante y traficante de paños, era padre de un joven colocado como pastor y de otro al que ocupaba en su labranza, y también empleaba a su mujer y una hija en las labores preparatorias de la lana.

57. AHPLR, Protocolos, Pedro Martínez de Mateo, 1754, caja 8.503, f. 95.

58. Esto se puede observar con facilidad en los protocolos notariales a través de la cantidad de deudas en los inventarios de los trajinantes, más los poderes otorgados para cobrar créditos – frecuentemente muy pequeños– en áreas lejanas y más o menos extensas.

Otra cosa suponía asumir riesgos innecesarios. Por eso cuando Manuel Mediano, de El Rasillo, vendió 82 varas de paño a un vecino de Munilla, lo hizo con las condiciones de que el pago se efectuara treinta días después y, entre tanto, se entregara una fianza al arriero encargado de «llevar dicha ropa» al comerciante. El objetivo era precaver un posible fraude, pero mejor habría sido cerrar el trato con un vecino conocido. De poco le valieron sus cautelas, el arriero volvió sin la fianza y con la noticia de que el supuesto comerciante «anda fugitivo» y «es persona vagamunda sin tener oficio ni otro acomodo»⁵⁹. En el siglo XVIII esto equivalía a perder el trabajo y la lana invertidos, así como el ingreso potencial –las 82 varas equivalían a 1.013 reales– con pocas esperanzas de resarcimiento. Para evitarlo, el comercio pañero necesitaba adaptarse a la geografía de la producción y, dado que ésta se repartía entre los diversos núcleos, los comerciantes reproducían la dispersión.

En el modelo típico de *verlagsssystem* el comerciante «penetraba en la esfera de la producción» y subordinaba al productor. Este hecho se interpreta como un paso adelante hacia el crecimiento económico moderno, apropiado por tanto desde una perspectiva macroeconómica⁶⁰. En la sierra no existía la subordinación de los fabricantes, pero los resultados económicos no tenían por qué ser negativos. El grado de eficiencia tal vez resultara escaso, pero la eficiencia social de esta microcomercialización era evidente: garantizaba la supervivencia del negocio y se desarrollaba sin preeminencias claras de unos agentes sobre otros, manteniendo una independencia relativa tanto del pequeño productor como del mercader⁶¹.

La continuidad del textil también dependía de otro factor. Como hemos visto todos los fabricantes practicaban la pañería al mismo tiempo que otra u otras actividades. Ahora bien, la importancia de los grupos productivos era desigual. La pañería ordinaria implicaba unos requisitos de capital tan moderados que cualquier vecino podía hacerse con alguna arroba de lana ordinaria o de deshechos de lana merina, labrarla con la mano de obra familiar y contratar operarios para el tejido, el abatanado y el tundido, esperando obtener por el producto acabado sólo una exigua retribución. Lo cual tampoco importaba mucho, dado que el objetivo era el mismo que podían tener la crianza de un cerdo o el cultivo de una huerta. Un objetivo que podía dar la espalda a las posibilidades futuras de crecimiento económico

59. AHPLR, Protocolos, Pedro Martínez de Mateo, 1760, caja 8.504, f. 61.

60. Kriedte, Medick y Schlumbohm (1986a), pp. 152-160.

61. No creo que la confianza fuera siempre un freno para el establecimiento de redes de comercialización de gran calado. Es más, Greif (1996) ha mostrado cómo la confianza, en un medio en el que los contratos no eran en absoluto «concretos», podía estimular la creación de empresas estables. Sí considero, sin embargo, que no se puede hablar en el caso riojano de una «deficiente comercialización», como hacía González Enciso (1984c), pp. 66. En todo caso, ¿deficiente para qué o para quién? La importancia de esta cuestión fue retomada por Lluich (1999), pp. 112-115, para el caso de las redes comerciales catalanas.

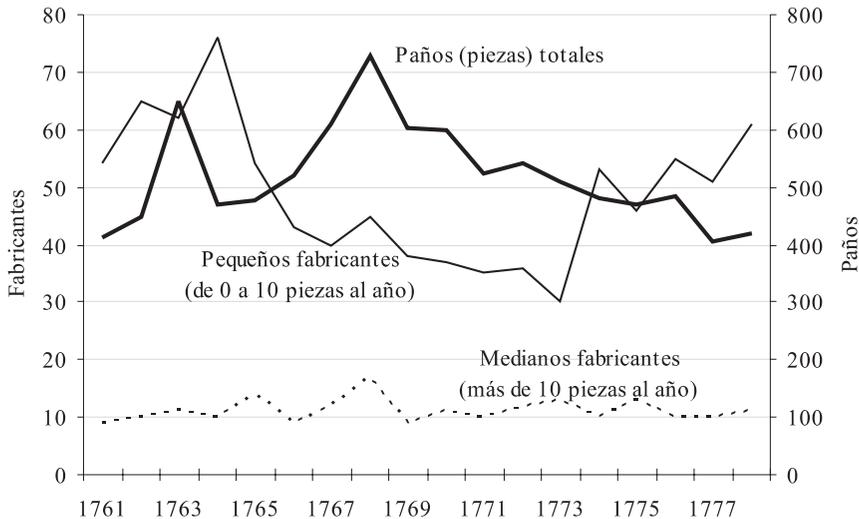
en las sierras, pero que resultaba funcional desde su óptica particular. Un objetivo, en definitiva, adaptado a sus condicionantes sociales y a la eficacia con la que era capaz de proveer una seguridad en la subsistencia de la que no todas las comarcas tenían la oportunidad de disfrutar.

Ahora bien, los fabricantes más pequeños hacían incursiones esporádicas en la producción pañera cuando la ocasión era propicia, pero la abandonaban con igual presteza. Como se puede apreciar en el gráfico 1, el número de pequeños fabricantes –de 0 a 10 piezas anuales–, estaba sometido a oscilaciones violentas, sin que, por otro lado, eso afectara de modo decisivo al volumen de producción total, más vinculado, en consecuencia, a la actividad de los medianos productores⁶².

La viabilidad de la industria dependía de la constancia en la dedicación de los fabricantes medianos, lo que garantizaba la consistencia de las redes de suministro de materias primas y de comercialización. Por debajo de la frontera teórica de los 10 paños anuales no podemos considerar la fábrica como una actividad permanente de la familia campesina⁶³. Sólo después de que los medianos vertebrara-

GRÁFICO 1

FABRICANTES DE PAÑOS EN VILLOSLADA Y PRODUCCIÓN TOTAL. 1761-1778



Fuente: AMV, caja 321, docs. 12 y 13.

62. El gráfico está construido sobre los cuadernos de tejer que, por fortuna, se han conservado en el Archivo Municipal de Villoslada (AMV).

63. Como indicaban en Montalbo, «hay en esta villa algunos vecinos que por medio de sus mujeres, en el tiempo que no pueden trabajar en el campo, fabrican algunos pedazos de paños dieciseisensos y bayetas, y que mediante la cortedad de los que se hacen no las pueden considerar *fábrica formal*»; AHPLR, Catastro, caja 369, libro 437, respuesta 32. Lo mismo se declaraba también en Torre.

ran el aprovisionamiento y la distribución, los pequeños podían entrar y salir sin problemas. El volumen de la producción del conjunto de la sierra podía mantenerse año tras año, pero los fabricantes más pequeños iban rotando de acuerdo con su situación particular. En estos lugares la industria vacilaba entre la actividad doméstica y el mercado⁶⁴.

Muy probablemente, lo que diferenciaba a los pequeños de los medianos era su acceso a la mano de obra y a una cierta cantidad de capital, los dos requisitos imprescindibles para arriesgarse en la elaboración de un mayor número de paños. Respecto a la mano de obra, la diferencia entre disponer de brazos en la propia familia y depender del mercado de trabajo podía ser muy importante. Al menos así lo veían en Ortigosa:

Y para tener algún ejercicio emplean su familia en la fábrica para ayuda de gastos aunque no sea con utilidad y a lo sumo el que fabrica su paño con gente de su casa le utilizará como 60 reales, y al que busca personas que trabajen para hacerlo le dejará de bueno 4 reales⁶⁵.

En cuanto al capital, es cierto que las cantidades requeridas no eran desorbitadas, pero la compra de varias arrobas de lana, el pago de los salarios de los operarios y, sobre todo, la paciente espera –a menudo durante más de un año– hasta la vuelta con dinero fresco del comerciante tampoco estaba al alcance de todo el mundo. Contamos con una evidencia inesperada que refuerza esta idea: se recordará que en el cuadro 2 entre los fabricantes medianos y grandes –los que obtenían más de 200 reales al año– no figuraba ningún pastor. La razón no es que los pastores no pudieran fabricar paños por su cuenta, cosa que hacían en la medida de su capacidad y habilidad, sino que al pastoreo se dedicaban como oficio principal los más pobres. La explicación es doble: los pastores no podían aplicarse con intensidad a la fábrica y, al mismo tiempo, quienes disponían del capital necesario para constituirse en fabricantes medianos, dejaban de lado el ingrato oficio pastoril⁶⁶.

Ambos factores, por otro lado, se correspondían con el ciclo vital familiar⁶⁷. Las entradas de los pequeños fabricantes se hacían más raras cuando los ingresos eran menos seguros y la fuerza de trabajo menos abundante. De hecho, la propia intensidad con la que se practicaba la pluriactividad en cada familia era resultado en mayor o menor medida del ciclo de vida. El bajo coste de los instrumentos y la

64. Este carácter híbrido se describe en Terroba, donde hay «algunos vecinos, unos que comprando la lana y otros con la de sus ganados, hacen algunos paños o bayetas para el vestido de sus personas y familia y vender el sobrante, y otros especialmente para venderlos»; AHPLR, Catastro, caja 549, libro 667, respuesta 32.

65. AHPLR, Catastro, caja 419, libro 503, respuesta 33.

66. Al menos los cabezas de familia, porque sus hijos podían ser encomendados a los ganaderos para proporcionar a la familia un ingreso en metálico muy apetecible; ver Moreno (2000).

67. Sobre esta cuestión, aplicada al medio rural español genéricamente, Erdozáin (2000).

tentación de aprovechar al máximo la mano de obra familiar multiplicaba la difusión de la pañería con la intención de maximizar la utilidad de la fuerza de trabajo. De este modo, se producía una relación positiva entre el tamaño del hogar, ligado a la fase del ciclo de vida, y las oportunidades de garantizar un volumen de ingresos suficiente para el bienestar del núcleo familiar. El resultado no se hacía esperar: los hogares de los vecinos pluriactivos reunían a un número de miembros mayor que el de sus convecinos por una vía en la que la causalidad no está del todo clara⁶⁸.

Igualmente se perciben estas diferencias si comparamos las edades y la extensión de los hogares serranos implicados en la fábrica (cuadro 6). La edad promedio de los fabricantes que eran capaces de producir al menos 5 paños era sustancialmente más alta que la de sus convecinos, sus familias contaban con más miembros y, por último, también incluían una mayor proporción de criados y parientes correspondientes.

En cualquier caso, los serranos se aventuraban masivamente en la elaboración de paños gracias a su preferencia por las calidades ordinarias. Si se trataba de compensar su desempleo estacional y si empleaban capitales de cuantía moderada y muy posiblemente sobrantes, no debían tener grandes exigencias en términos de beneficios o de rapidez de reproducción del capital. Mientras en la producción de géneros de calidad alta el capital fijo iba creciendo compasadamente –a pesar de lo cual continuaba siendo un porcentaje menguado de la inversión total–, en la pañería común serrana no había ese problema⁶⁹.

Algunas de estas sugerencias se pueden ilustrar mediante los inventarios post-mortem. Utilizaremos aquí los de cuatro vecinos de la comarca de Ortigosa que fabricaban paños y contaban con lana en bruto, con lana hilada, con materias tintóreas e instrumentos de producción para la preparación de la lana⁷⁰. Todos ellos eran fabricantes de medianas proporciones, presumiblemente de la capa de productores en torno a los 10 paños.

Del análisis de sus inventarios se desprende un veredicto concluyente: con un promedio de 25.000 reales, excluidas deudas, estos vecinos disponían de un envi-

68. En Moreno (2000) he argumentado que el ciclo de vida y la composición de la familia podían seguir un patrón: cuando se forma la familia, los hombres se dedican sobre todo al pastoreo; después, conforme los hijos varones iban creciendo, sustituían al padre en el pastoreo, momento a partir del cual los hijos encontraban sustento fuera de casa –dejaban de ser un gasto– y proporcionaban a la familia un ingreso que permitía emprender la fabricación de paños, una aventura económica menos dura y más remuneradora. Así es como encontramos a los fabricantes con una elevada edad promedio de más de 48 años –los fabricantes de Béjar tenían una edad media de 39,7 años, los tejedores de 31,3, los cardadores de 39,97 y los tundidores de 33,78; Ros Massana (1993), pp. 108– y con un tamaño medio del hogar muy superior al de los pastores.

69. Los ejemplos estudiados a este respecto son muchos. Sin ánimo de exhaustividad García Sanz (1991), Ros Massana (1992), pp. 99-103 (1993), pp. 81-91, Torras (1995), p. 120.

70. Todos los inventarios en AHPLR, Protocolos, Domínguez Ruiz; el de Martín de Navarrete, vecino de Ortigosa, en caja 6.996, 1774 (2), ff. 96v-108v; el de Isabel de la Riva, también de Ortigosa, en caja 6.997, 1775 (2), ff. 148-154; el de Felipa Gregorio, vecina de Villanueva, en caja 6.999, 1777 (1), ff. 128v-139v, y el de Isabel García Pérez, de Ortigosa, en caja 7.003, 1781 (2), ff. 87-95v.

CUADRO 6

TAMAÑO DE LOS HOGARES SEGÚN OFICIO DEL CABEZA DE CASA

Número de paños al año	Edad del cabeza de casa	Número de hogares	Tamaño del núcleo familiar	N.º personas por hogar
De 0 a 1	46,3	55	4,3	4,5
De 1 a 5	49,4	34	3,9	4,4
> 5 paños	53,3	18	4,6	5,4
Promedio	48,5	107	4,2	4,6

Fuente: AHPLR, Catastro, libros de lo personal y libros de haciendas de Ezcaray, Lumberas, Ortigosa y Villoslada.

diable grado de acomodo (cuadro 7)⁷¹. Sin embargo, su prosperidad no procedía de sus exiguos patrimonios: la tierra que poseían, dos hectáreas por cabeza, estaba por debajo de la media de la sierra –2,4 hectáreas–; y su ganado tampoco excedía la norma. De haber contado sólo con estos dos indicadores habríamos clasificado estos hogares como pobres o, en el mejor de los casos, como característicos del pequeño campesinado serrano, dependiente y obligado a vender su fuerza de trabajo. A lo mejor esas etiquetas son operativas en otras latitudes, pero en las sierras desde luego no. Tal vez estemos ante uno de esos ejemplos de «revolución industrial» que parecen proliferar en la Europa de la segunda mitad del siglo XVIII, pero lo cierto es que tierras y ganado no alcanzaban más que el 18 por 100 del capital inventariado⁷². Su éxito estaba en otro sitio: disponían de ajuares copiosos, en los que no faltaban objetos de plata y decorativos; contaban con más de 11.000 reales en efectivo, unos 2.865 por cabeza –al decir del Catastro, casi ocho años de trabajo de un jornalero–; y disponían de reservas de alimentos, abonos y combustible más que suficientes⁷³.

71. El problema que se desprende de este cuadro es la representatividad de los inventarios. Primero por las contradicciones con los datos catastrales, donde los beneficios netos de la actividad pañera eran tan bajos que cuesta imaginar cómo pudieron promover situaciones tan solventes. En segundo lugar, los inventarios deben utilizarse con cautela y las conclusiones no pueden extrapolarse al conjunto de la sociedad: las familias que acuden a un inventario notarial son unas pocas –las que tienen algo que inventariar–, suelen estar en la última fase del ciclo familiar –al fin de un largo periodo de acumulación y al borde de la disgregación en un entorno, como la sierra, de división de herencias–, las tasaciones no tienen por qué corresponderse con precios de mercado, etcétera. Algunos de estos problemas se comentan en Castañeda (1986) o en Yun Casalilla (1999).

72. La «revolución industrial» en De Vries (1994).

73. Como dijera Braun ([1960] 1990), pp. 61-110, la industria transformaba radicalmente el «paisaje», tanto morfológica como culturalmente. El impacto de la industria rural, según este autor (pp. 184-185), modificaba, en una enumeración no exhaustiva, el comportamiento demográfico, la dieta, el vestido, el rango de las necesidades familiares, la función de la moda y el lujo, las formas de sociabilidad, las actitudes hacia el trabajo y la visión de la pobreza. Las pautas de consumo y los criterios de gasto, modificados por la monetización de la economía, llevaban a una composición de los bienes familiares en la que escaseaban las propiedades y abundaban otros ítems, como el dinero. También, para el Setecientos toscano, Malanima (1990), pp. 135-146. No es difícil imaginar el impacto que ello tenía desde el punto de vista de las transformaciones en el consumo, esto es en la demanda de bienes de todo tipo, aunque este es un aspecto que no voy a desarrollar en este momento.

CUADRO 7
COMPOSICIÓN DE LOS BIENES DE FABRICANTES, 1774-1781

	Reales	%
Lana (lavada o en sucio o teñida)	9.692	42,2
Lana hilada y paños (terminados o no)	12.410	54,0
Materiales (tintes, aceite, jabón)	653	2,8
Instrumentos de producción	222	1,0
Total fábrica	22.976	100
Bienes muebles (ropas, enseres, ajuar)	19.335	19,2
Aperos agrícolas	406	0,4
Reservas (grano, chacina, hierba, etc.)	5.717	5,7
Ganado	9.168	9,1
Bienes inmuebles (casas, pajares)	22.531	22,4
Tierras	8.994	8,9
Dinero en efectivo	11.462	11,4
Total 1	100.588	100
Deudas a favor	33.754	
Deudas en contra	30.512	

Fuente: AHPLR, Protocolos, Domínguez Ruiz, ver nota 148.

La gran cuantía del dinero en efectivo también es relevante. Los 11.462 reales sugieren cierta tendencia al atesoramiento que habría que explicar. Si se compara este montante con el valor de los demás efectos, asombra que fuera superior al de las tierras o al del ganado. En teoría, la tierra era el principal activo y la inversión más buscada en el mundo preindustrial; el ganado, por su lado, constituía el negocio más saneado y más adaptado a las condiciones de la sierra. ¿Por qué ese dinero en efectivo no se invertía en la compra de tierras o ganados? Nótese que habría podido servir nada menos que para duplicar la dotación patrimonial de cualquiera de ellos. Quizá haya que considerar la posibilidad de que el dinero no encontrara fórmulas de inversión adecuadas. En efecto, en ambos casos, tanto con las tierras como con el ganado, había graves impedimentos para que fueran opciones inversoras factibles. En el de la tierra, la propia cortedad de las superficies de cultivo y la extensión social de la propiedad estrechaban el mercado y reducían la oferta a proporciones minúsculas. En el caso del ganado, aunque su compra fuera sencilla, la clave estaba en las dificultades que podía encontrar cualquier advenedizo para hacerse con pastos baratos, y sin la seguridad de unas hierbas a costes moderados, la posesión del ganado era más un problema que una solución. Si la hipótesis es correcta, habrá que pensar que los serranos se topaban con serias dificultades para la reproducción agraria de su capital y que para muchas familias la fabricación de paños era la única alternativa.

En este momento, empero, lo fundamental de esta imagen es el valor monetario de su actividad de fabricantes, superior a 22.000 reales, alrededor de un 23 por 100 de los bienes inventariados. La práctica totalidad era lana en sucio, escaldada, lavada o teñida y en paños en diferentes estadios de fabricación. El único capital fijo, los instrumentos de producción, se quedaba en un escaso 1 por 100 del valor de «la fábrica»; consistía en tornos de hilar, urdideras y diversos tipos de cardas⁷⁴. Herramientas poco sofisticadas, con una evolución técnica nula. Instrumentos que no era necesario poseer si uno estaba dispuesto a abonar el coste del cardado y la hilatura, pero que, por su bajo precio, abundaban entre las familias serranas. Las deudas, equivalentes a un tercio del valor del inventario, no sabemos hasta qué punto están relacionadas directamente con la fábrica, pero su elevada cuantía ilustra la importante proporción de un capital flotante que probablemente se adaptaba a los apuros financieros de los consumidores y de los propios fabricantes con la contrapartida de que retrasaba de forma considerable la velocidad de rotación de los factores.

Conclusiones

Las sierras riojanas dedicaban buena parte de su esfuerzo humano a la industria textil con un volumen de fabricación de paños de lana muy importante por su difusión social y por su significado económico. La industria textil riojana estaba sometida a una cierta dispersión geográfica y a una enorme dispersión social. Su clave, no obstante, residía en la pluriactividad cultivada en todos los hogares, de tal modo que no se puede considerar *complementaria* de otras supuestas actividades *principales*, porque el sostén de la subsistencia –y el de la prosperidad, cuando la había– era justamente la pluralidad de ocupaciones económicas.

Aun compartiendo ese rasgo, la conducta productiva de los serranos no era siempre la misma. Ante la ausencia de grandes empresas industriales, debemos conformarnos con dividir a los fabricantes en medianos y pequeños. Aquéllos eran quienes sostenían la actividad manteniendo un volumen de producción más o menos constante, aunque fluctuante en función de las condiciones de la demanda, de la reserva de recursos y del suministro de materias primas. Así, la familia acomodada, junto a los comerciantes de paños, era el soporte económico de la sierra, el que proporcionaba el equilibrio social y la continuidad del textil. Los pequeños, sin embargo, sufrían estas oscilaciones de forma más selectiva y más brusca: no reaccionaban ante variaciones en el precio final de los paños porque para ellos las señales que enviaba el mercado en forma de precios no eran sustantivas; lo funda-

74. De todos modos, entre ellas las más valoradas eran las urdideras, que podían alcanzar hasta los 40 reales; los tornos se valoraban por debajo de los 10 reales y las cardas no llegaban ni a los cinco.

mental era, en cambio, la oportunidad de aprovechar toda su capacidad pluriactiva y ésta dependía de su dotación de capital y de mano de obra, así como del precio de la materia prima, el principal coste del proceso de fabricación. En todo caso, gracias a la especialización de la sierra en paños de calidades comunes y al ridículo monto del capital fijo por fabricante, aunque los pequeños fueran expulsados de la fábrica durante unos años, en cuanto las condiciones cambiaban podían volver a entrar en el negocio de inmediato.

Así pues, había una evidente segmentación en la oferta de manufacturas laneras, relacionada más con la disponibilidad de capital que con la oferta de trabajo. Los medianos eran gente como la presentada en los cuatro inventarios post-mortem: familias al final del ciclo vital, con una holgura económica indudable, con cantidades apreciables de capital que sólo podían invertir en mejorar su calidad de vida y en mantener la continuidad de la pañería.

En lo referente a la distribución de la producción pañera hemos comprobado la ausencia de comerciantes foráneos y la persistencia de un comercio acéfalo y minifundista. Aunque este era uno de los grupos más vivaces de la comarca, también se limitaba la mayor parte del tiempo a utilizar el tráfico mercantil desde un punto de vista pluriactivo. Las calidades medianas y la producción atomizada hacían de esta fórmula mercantil un instrumento idóneo, más por su capacidad de adaptación flexible que por su aptitud para transmitir los impulsos del mercado o por su facultad de estimular el crecimiento.

En suma, aunque no se han analizado en este trabajo otros aspectos importantes de la pañería riojana, estamos en condiciones de afirmar que la clave del éxito de la industria serrana a mediados del Setecientos era su afinidad con el contexto local y con el entorno de mercado e institucional. En el interior de las sierras, se acoplaban bien la comercialización de unos pocos paños baratos y la trashumancia de los pastores; existía una coordinación entre el ciclo de vida, el trabajo de los hijos varones en el pastoreo —o de las hijas en la hilatura— y la capitalización de la «empresa familiar», que invitaba a emplear los ingresos en la fábrica; la posibilidad de emplear por bajo precio la mano de obra del hogar se hacía posible gracias a las otras alternativas pluriactivas; la fábrica era una inversión óptima en un medio en el que el mercado de tierra y el de ganado estaban cerrados. En fin, cada uno de los elementos cobraba sentido en su relación con el conjunto.

En el futuro las cosas no serían iguales. La industria dispersa, a despecho de los juicios pesimistas sobre su impulso modernizador, encontró continuidad en nuevas fórmulas fabriles tempranamente mecanizadas⁷⁵. Sólo que las fábricas concentradas que empezaron a proliferar en los primeros años del XIX estaban más pendien-

75. La visión pesimista, por ejemplo, en Helguera (1996), pp. 119-121 o en Yun Casalilla (1987), pp. 556 y ss. Una descripción de la rapidez de la mecanización de Ezcaray en Ojeda (1989) y (1993).

tes del mercado que de la realidad doméstica. Indudable fórmula de progreso, la mecanización había perdido su acoplamiento con el contexto local, avanzó a contrapelo de la situación serrana y tuvo que competir agónicamente, mientras pudo, en un mercado cada vez más abierto en el que sólo los más aptos podían sobrevivir. Pero esto es otra historia.

BIBLIOGRAFÍA

- ARACIL, R. y GARCÍA BONAFÉ, M. (1978), «Industria doméstica e industrialización en España», *Hacienda Pública Española*, n.º 55, pp. 113-129.
- (1983), «La protoindustrialització i la indústria rural espanyola al segle XVIII», *Recerques*, n.º 13, pp. 83-87.
- BENAU BERENGUER, J. M. (1992), «Los orígenes de la empresa textil lanera en Sabadell y Terrassa en el siglo XVIII», *Revista de Historia Industrial*, n.º 1, pp. 39-62.
- BERG, M. (1987), *La era de las manufacturas, 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica*, Barcelona, Crítica.
- (1995), «Mercados, comercio y manufactura europea», en M. Berg, ed. (1995), pp. 15-42.
- ed. (1995), *Mercados y manufacturas en Europa*, Barcelona, Crítica.
- BERGIER, J. F. (1988), «El modelo suizo», en Landes, D. S., Mathias, P. y otros, *La Revolución industrial*, Barcelona, Crítica, pp. 205-221.
- BRAUN, R. ([1960] 1990), *Industrialisation and everyday life*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BRUMONT, F. (1986), «La Rioja en el siglo XVI», en *Segundo coloquio sobre historia de La Rioja*, Logroño, Colegio Universitario de La Rioja, II, pp. 11-69.
- (1993), *Paysans de Vieille-Castille aux XVI^e et XVII^e siècles*, Madrid, Casa de Velázquez.
- CAFAGNA, L. (1983), «Protoindustria o transizione in biblico? (A proposito della prima onda della industrializzazione italiana)», *Quaderni Storici*, n.º 54, pp. 971-984.
- CARMONA BADÍA, X. (1984), «Clases sociales, estructuras agrarias e industria rural doméstica en la Galicia del siglo XVIII», *Revista de Historia Económica*, II, n.º 3, pp. 35-49.
- (1990), *El atraso industrial de Galicia. Auge y liquidación de las manufacturas textiles (1750-1900)*, Barcelona, Ariel.
- CASADO ALONSO, H. (1990), «El comercio del pastel. Datos para una geografía de la industria pañera española en el siglo XVI», *Revista de Historia Económica*, VIII, n.º 3, pp. 523-548.
- CASTAÑEDA, L. (1986), «Apuntes para la explotación cuantitativa de los inventarios post-mortem en el análisis de los niveles de vida material», en *La Història i els joves historiadors catalans. Primeres Jornades de joves historiadors catalans celebrades en Barcelona en 1984*, Barcelona, Institut Municipal d'Història, pp. 147-154.

- CAZZOLA, F. (1987), «La pluriatività nelle campagne italiane: alcuni problemi interpretativi», *Bolletino Bibliografico del Centro Studi per la Storia e Historia*, n.º 38, pp. 877-913.
- CLARKSON, L. A. (1985), *Proto-Industrialization: The First Phase of Industrialization?*, London, Macmillan.
- COLEMAN, D. C. (1985), «Protoindustrialización. Un concepto abusivo», *Debats*, n.º 12, pp. 47-56.
- COLLINS, B. (1982), «Proto-industrialization and pre-famine emigration», *Social History*, n.º 7, pp. 127-140.
- CHASSAGNE, S. (1981), «Industrialisation et desindustrialisation dans les campagnes françaises: quelques réflexions à partir du textile», *Revue du Nord*, n.º 248, pp. 35-57.
- CHAYANOV, A. V. ([1924] 1974), *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- DE VRIES, J. (1990), *La economía de Europa en un periodo de crisis, 1600-1750*, Madrid, Cátedra.
- (1994), «The Industrial Revolution and the Industrious Revolution», *Journal of Economic History*, LIV, n.º 2, pp. 249-270.
- DOMÍNGUEZ MARTÍN, R. (1993a), «Caracterizando al campesinado y a la economía campesina: pluriactividad y dependencia del mercado como nuevos atributos de la campesinidad», *Agricultura y Sociedad*, n.º 66, pp. 97-136.
- (1993b), «Sociedad rural y campesinado en la Cantabria decimonónica», en M. Suárez Cortina (ed.), *El perfil de «La Montaña». Economía, Sociedad y Política en la Cantabria contemporánea*, Santander, Calima, pp. 91-119.
- ERDOZÁIN, P. (2000), «Perspectivas demográficas de la sociedad rural en la década de los noventa», *Historia Agraria*, n.º 22, pp. 57-77.
- FERNÁNDEZ DE PINEDO, E. (1986), «Coyuntura y política económicas», en M. Tuñón de Lara, dir., *Historia de España. VII. Centralismo, Ilustración y agonía del Antiguo Régimen (1715-1833)*, Labor, Barcelona, pp. 9-173.
- FONTAINE, L. (1988), «Le reti del credito, la montagna, la città, la pianura: mercanti dell'Oisans tra XVII e XIX secolo», *Quaderni Storici*, n.º 68, pp. 573-593.
- (1990), «Solidarités familiales et logiques migratoires en pays de montagne à l'époque moderne», *Annales ESC*, n.º 6, pp. 1.433-1.450.
- (1991), «Family cycles, peddling and society in upper Alpine valleys in the eighteenth century», en S. Woolf (ed.), *Domestic strategies: work and family in France and Italy. 1600-1800*, Cambridge, Maison des Sciences de l'Homme/Cambridge University Press, pp. 43-68.
- (1999), «Redes de buhoneros (vendedores ambulantes) y desarrollo del consumo en Europa durante los siglos XVII y XVIII», en Torras y Yun (dirs.), pp. 311-321.
- GARCÍA SANZ, A. (1986), *Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja. Economía y sociedad en tierras de Segovia de 1500 a 1814*, Madrid, Akal.
- (1987), «Mercaderes hacedores de paños en Segovia en la época de Carlos V: organización del proceso productivo y estructura del capital industrial», *Hacienda Pública Española*, n.º 108-109, pp. 65-79.

- (1989), «Industria textil tradicional y las reformas de la Ilustración: las transformaciones de la pañería segoviana durante el reinado de Carlos III», en *Actas del Congreso Internacional sobre «Carlos III y la Ilustración». II. Economía y Sociedad*, Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 363-387.
- (1991), «Organización productiva y relaciones contractuales en la pañería segoviana en el siglo XVI», en M. Barceló Crespí (ed.), *IX Jornades d'Estudis Històrics Locals. La manufactura urbana i els menestrals (ss. XIII-XVI)*, Palma de Mallorca, Prensa Universitaria, pp. 177-192.
- GARRIER, G. y R. HUBSCHER, eds. (1988), *Entre faucilles et marteaux. Pluriactivités et stratégies paysannes*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon/Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- GONZÁLEZ ENCISO, A. (1984a), «La industria dispersa en la Sierra de Cameros, 1700-1840», en *Actas del I Coloquio de Historia de la Rioja*, Logroño, Colegio Universitario de La Rioja, t. X, fasc. 1, pp. 39-56.
- (1984b), «La Protoindustrialización en España», *Revista de Historia Económica*, II, n.º 1, pp. 11-44.
- (1984c), «La Protoindustrialización en Castilla la Vieja en el siglo XVIII», *Revista de Historia Económica*, II, n.º 3, pp. 51-82.
- GREIF, A. (1996), «The study of Organization and Evolving Organizational Forms Through History: Reflections from the Late Medieval Family Firms», *Industrial and Corporate Change*, V, n.º 2, pp. 473-501.
- GULLICKSON, G. L. (1982), «Proto-industrialization, demographic behaviour and the sexual division of labour in Auffay, France», *Peasant Studies*, n.º 9, pp. 105-118.
- (1983), «Agriculture and cottage industry: redefining the causes of proto-industrialization», *Journal of Economic History*, XLIII, n.º 4, pp. 831-850.
- HELGUERA, J. (1996), «Empresas y empresarios manufactureros en la España del siglo XVIII», en F. Comín y P. Martín Aceña (eds.), *La empresa en la historia de España*, Madrid, Civitas, pp. 115-140.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, R. (2001a), *Organización y evolución de la industria textil rural en Castilla durante el siglo XVIII: la fábrica de Astudillo*, Universidad de Valladolid, Memoria de Licenciatura inédita.
- (2001b), «El factor trabajo en la industria textil de Tierra de Campos a mediados del siglo XVIII: la fábrica de Astudillo», *Actas del VII Congreso de la AHE*, Zaragoza, ed. en Cd-rom.
- HOUSTON, R. A. y SNELL, K. D. M. (1984), «Protoindustrialization? Cottage industry, social change and industrial revolution», *The Historical Journal*, n.º 27, pp. 473-492.
- HUDSON, P. (1986), *The genesis of industrial capital. A study of the West Riding wool textile industry c. 1750-1850*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1995), «La tenencia de tierras y la organización de la manufactura textil en las poblaciones rurales de Yorkshire c. 1660-1810», en M. Berg (ed.), pp. 210-246.
- ed. (1989), *Regions and industries. A perspective on the industrial revolution in Britain*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HUFTON, O. H. (1974), *The Poor in Eighteenth Century France, 1750-1789*, Oxford, Clarendon Press.

- JONES, E. L. (1968), «Agricultural origins of industry», *Past and Present*, n.º 40, pp. 58-71.
- KISCH, H. ([1959] 1986), «La industria textil en Silesia y Renania: un estudio comparativo de sus procesos de industrialización», en P. Kriedte, H. Medick y J. Schlumbohm (1986a), pp. 266-298.
- KLÍMA, A. (1989), «Domestic industry, manufactory and early industrialization in Bohemia», *The Journal of European Economic History*, XVIII, n.º 3, pp. 509-527.
- KRIEDTE, P., MEDICK, H. y SCHLUMBOHM, J. (1986a), *Industrialización antes de la industrialización*, Barcelona, Crítica.
- (1986b), «Proto-industrialization on test with the Guild of Historians: response to some critics», *Economy and Society*, XV, n.º 2, pp. 254-272.
- (1993), «Proto-industrialization revisited: demography, social structure and modern domestic industry», *Continuity and Change*, VIII, n.º 2, pp. 217-252.
- (1996), «Proto-industrialisation: bilan et perspectives. Démographie, structure sociale et industrie à domicile moderne», en R. Leboutte (ed.), pp. 29-71.
- LARRUGA, E. (1785-1800), *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España, con inclusión de los Reales Decretos, Ordenes, Cédulas, Aranceles y Ordenanzas expedidas para su gobierno y fomento*, Madrid, Antonio Espinosa, 45 vols.
- LEBOUTTE, R. (1996), «La proto-industrialisation. Recherches récentes-nouvelles perspectives», en R. Leboutte (ed.), pp. 1-8.
- (1996), *Proto-industrialisation. Recherches récentes et nouvelles perspectives*, Ginebra, Droz.
- LLOPIS AGELÁN, E. (1996), «La formación del “desierto manufacturero” extremeño: el declive de la pañería tradicional al final del Antiguo Régimen», en S. Zapata (ed.), *La industria de una región no industrializada: Extremadura, 1750-1990*, Cáceres, Caja Salamanca y Soria/Universidad de Extremadura, pp. 93-113.
- LLUCH, E. (1999), *Las Españas vencidas del siglo XVIII*, Barcelona, Crítica.
- MAGER, W. (1993), «Proto-industrialization and proto-industry: the uses and drawbacks of two concepts», *Continuity and Change*, VIII, n.º 2, pp. 181-215.
- MALANIMA, P. (1990), *Il lusso dei contadini. Consumi e industrie nelle campagne toscane dei Sei e Settecento*, Bolonia, Il Mulino.
- MAYAUD, J. L. (1984), «La pluriactivité: un impératif ou un style de vie?», en *La pluriactivité dans les familles agricoles*, Paris, Association des Ruralistes Français.
- (1988), «De l'étable à l'établi: permanence des adaptations dans la montagne jurassienne», en G. Garrier y R. Hubscher (eds.), pp. 143-159.
- MCNEILL, J. R. (1992), *The mountains of the Mediterranean world. An environmental history*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MELÓN JIMÉNEZ, M. A. (1989), *Extremadura en el Antiguo Régimen. Economía y sociedad en tierras de Cáceres, 1700-1814*, Mérida, Universidad de Extremadura.
- MENDELS, F. (1972), «Proto-industrialization: the first phase of the industrialization process», *Journal of Economic History*, XXXII, pp. 241-261.

- (1981), «Les temps de l'industrie et les temps de l'agriculture. Logique d'une analyse régionale de la proto-industrialisation», *Revue du Nord*, n.º 248, pp. 21-33.
- MIKELARENA, F. (1992), «Las estructuras familiares», *Revue du Nord*, n.º 248, pp. 21-33.
- MORENO FERNÁNDEZ, J. R. (1999a), *La economía de montaña en La Rioja a mediados del siglo XVIII*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza.
- (1999b), «La trashumancia en la montaña riojana durante el siglo XVIII: la propiedad y el reparto de beneficios de las cabañas», en M. A. Melón, A. Rodríguez y A. Pérez (coords.), *Extremadura y la trashumancia (siglos XVI-XX)*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, pp. 17-33.
- (2000), «Entre el padre y el patrón. La organización del trabajo trashumante en la montaña riojana (s. XVIII)», *Historia Agraria*, n.º 22, pp. 131-158.
- (2001), «Las áreas rurales de montaña en la España del siglo XVIII: el caso de las sierras del sur de La Rioja», *Revista de Historia Económica*, XIX, n.º extraordinario, pp. 61-83.
- (2002), «La lógica del comunal de Castilla en la Edad Moderna: avances y retrocesos de la propiedad común», en S. De Dios, J. Infante, R. Robledo y E. Torijano (coords.), *Historia de la Propiedad en España. Bienes comunales, pasado y presente*, Madrid, Centro de Estudios Registrales, pp. 139-177.
- MUSET PONS, A. (1995), «Los arrieros y negociantes de Calaf y Copons y su implantación en el mercado español en el siglo XVIII», *Revista de Historia Industrial*, n.º 8, pp. 193-208.
- (1999), «Ferias y mercados al servicio del negocio catalán (siglo XVIII)», en Torras y Yun (dirs.), pp. 323-334.
- O'MALLEY, E. (1981), «The decline of Irish industry in the nineteenth century», *The Economic and Social Review*, n.º 13.
- OCHAGAVÍA FERNÁNDEZ, D. (1957), *Historia textil riojana*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
- OGILVIE, S. (1993), «Proto-industrialization in Europe», *Continuity and Change*, VIII, n.º 2, pp. 159-179.
- (1997), *State corporatism and proto-industry. The Württemberg Black Forest, 1580-1797*, Cambridge, Cambridge University Press.
- OGILVIE, S. y CERMAN, M. (1996), «The theories of proto-industrialization», en S. Ogilvie y M. Cerman (eds.), pp. 1-11.
- eds. (1996), *European proto-industrialization*, Cambridge, Cambridge University Press.
- OJEDA SAN MIGUEL, R. (1989), «Notas sobre la mecanización de la pañería de Ezcaray en la primera mitad del siglo XIX», *Brocar. Cuadernos de Investigación Histórica*, n.º 15, pp. 31-43.
- (1993), «La fallida industrialización de una comarca textil riojana: el Alto Valle del Oja», *Berceo*, n.º 124, pp. 89-120.
- PAREJO BARRANCO, A. (1987), *Industria dispersa e industrialización en Andalucía. El textil antequerano, 1750-1900*, Málaga, Universidad de Málaga.

- PEIRÓ ARROYO, A. (2000), *Tiempo de industria. Las Tierras Altas turolenses, de la riqueza a la despoblación*, Zaragoza, Centro de Estudios sobre la Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales.
- PFISTER, U. (1996), «Proto-industrialization in Switzerland», en S. Ogilvie y M. Cerman (eds.), pp. 137-154.
- POLLARD, S. (1995), «Mercados regionales y desarrollo nacional», en M. Berg (ed.), pp. 43-73.
- RINGROSE, D. R. (1987), *Imperio y Península. Ensayos sobre historia económica de España (siglos XVI-XIX)*, Madrid, Siglo XXI.
- ROS MASSANA, R. (1992), «La industria lanera de Béjar a mediados del siglo XVIII: un estado de la cuestión y algunos aspectos generales», *Investigaciones Históricas. Época Moderna y Contemporánea*, n.º 12, pp. 99-111.
- (1993), *La industria lanera de Béjar a mediados del siglo XVIII*, Salamanca, Centro de Estudios Salmantinos.
- (1999), *La industria textil lanera de Béjar (1680-1850). La formación de un enclave industrial*, Valladolid, Junta de Castilla y León.
- RUBIO PÉREZ, L. M. (1995), *La burguesía maragata. Dimensión social, comercio y capital en la Corona de Castilla durante la Edad Moderna*, León, Universidad de León.
- SCHLUMBOHM, J. (1996), «Proto-industrialization' as a research strategy and a historical period. A balance-sheet», en S. Ogilvie y M. Cerman, (eds.), pp. 12-22.
- SCHREMMER, E. (1981), «Proto-industrialisation: a step towards industrialisation?», *Journal of European Economic History*, n.º 10, pp. 653-670.
- THIRSK, J. (1961), «Industries in the Countryside», en Fisher, ed., *Essays in the Economic and Social History of Tudor and Stuart England in Honour of R. J. Tawney*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 70-88.
- THOMSON, J. K. J. (1982), *Clermont-de-Lodève, 1633-1789. Fluctuations in the prosperity of a Languedocian cloth-making town*, Cambridge, Cambridge University Press.
- TORRAS, J. (1981), «Estructura de la industria pre-capitalista: la drapería», *Recerques*, n.º 11, pp. 7-28.
- (1985), «Fabricants sense fàbrica. Estudi d'una empresa llanera d'Igualada (1726-1765)», *Recerques*, n.º 19, pp. 145-160.
- (1987), «La industria precapitalista y las tesis sobre la 'protoindustrialización'», en M. González Portilla, J. Maluquer y B. de Riquer (eds.), *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativos*, Bellaterra, Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 63-71.
- (1992), «Gremio, familia y cambio económico. Pelaires y tejedores en Igualada, 1695-1765», *Revista de Historia Industrial*, n.º 2, pp. 11-30.
- (1995), «Redes comerciales y auge textil en la España del siglo XVIII», en M. Berg (ed.), pp. 111-132.
- TORRAS, J. y YUN, B. dirs. (1999), *Consumo, condiciones de vida y comercialización. Cataluña y Castilla, siglos XVII-XIX*, Ávila, Junta de Castilla y León.

- VASSBERG, D. E. (1996), *The Village and the Outside World in Golden Age Castille. Mobility and migration in everyday rural life*, Cambridge, Cambridge University Press.
- YUN CASALILLA, B. (1987), *Sobre la transición al capitalismo en Castilla. Economía y sociedad en Tierra de Campos (1500-1830)*, Salamanca, Junta de Castilla y León.
- (1999), «Inventarios post-mortem, consumo y niveles de vida del campesinado del Antiguo Régimen. (Problemas metodológicos a la luz de la investigación internacional)», en J. Torras y B. Yun (dirs.), *Consumo, condiciones de vida y comercialización. Cataluña y Castilla, siglos XVII-XIX*, Ávila, Junta de Castilla y León, pp. 27-40.
- ZIMÁNYI, V. (1990), «La typologie des exploitations agricoles selon leur taille, leur finalité, leur degré de spécialisation, leur autonomie de décision et de fonctionnement en Hongrie (XVIe-XVIIe siècles)», en E. Aerts, M. Aymard y otros, *Tenth International Economic History Congress. B-2. Structures and dynamics of agricultural exploitations: ownership, occupation, investment, credit, markets*, Lovaina, Leuven University Press, pp. 67-76.

■

The Men of the Sierras Make Cloths: Multiple Occupation and Proto-Industry in the Sierras of La Rioja (18th Century)

ABSTRACT

This article analyses the organisation of the wool industry in the mountains of La Rioja in the mid eighteenth century. It begins with a brief description of the quantitative importance of its specialisation in cheap, everyday woollen cloth. The article goes on to study the dispersion and the social spread of this production, which was dominated by the small-scale manufacturer with very few resources and very low levels of production. The small-scale, fragmented system of distribution and sale was also highly dispersed. This headless organisation of production and distribution was a result of two complementary phenomena: on the one hand, the hegemony of multiple-occupation in the family in order to take advantage of any opportunities within their reach without committing themselves to any one specific trade; and on the other the fact that the continuity of the cloth-making industry depended on the more constant productive activity of a handful of families who kept open the routes for the supply of raw materials and the distribution of the finished woollen cloth.

KEY WORDS: Wool Industry, Multiple Occupation, Proto-Industry, Mountain Economy.

■

Serranos hacedores de paños: pluriactividad y protoindustria en la montaña riojana (c. 1750)

RESUMEN

Este trabajo analiza la organización de la industria textil lanera ubicada en las montañas de La Rioja alrededor de 1750. En primer lugar se hace una descripción de su importancia cuantitativa y de su especialización en paños comunes y baratos. A continuación se estudian la dispersión y la extensión social de la fabricación, con el predominio de pequeños fabricantes con pocos recursos y mínimas escalas de producción. El modelo de comercialización, minifundista y fragmentado, repetía una amplia dispersión. Esta organización acéfala de la producción y la distribución se debía a dos fenómenos complementarios: por un lado, a la hegemonía de las estrategias familiares pluriactivas, concentradas en aprovechar cuantas oportunidades estuvieran al alcance sin comprometerse en exclusiva con ninguna dedicación concreta; por otro lado, hay que tener en cuenta también que la continuidad de la pañería dependía del comportamiento productivo más constante de un puñado de familias que mantenían abiertas las rutas de aprovisionamiento de materias primas y de distribución de los paños acabados.

PALABRAS CLAVE: Industria lanera, Pluriactividad, Protoindustria, Economía de montaña.

■